VIAJAR, MIRAR, NARRAR

HUGO JOSÉ SUÁREZ

editorial 3600

Viajar, mirar, narrar

Hugo José Suárez

editorial 3600

Viajar, mirar, narrar
Primera edición

©Editorial 3600
©Hugo José Suárez

Edición y producción
Editorial 3600
Télefono 2421084
editorial3600@gmail.com
www. editorial3600.com

Cuidado de edición
Beatriz Suárez

Imagen Cubierta
Fotografía Hugo José Suárez

Diagramación
Evelio Gutiérrez

Depósito Legal: 4-1-27-18
ISBN: 978-99974-982-2-9

Impreso en Bolivia
2018

Índice

Para empezar	7
Tupiza: Un viaje hacia los recuerdos (2014)	9
Praga tres décadas después de 1968 (1998)	23
Cuzco (2003)	31
Japón. Un encuentro con la otredad (2000)	39
Uyuni (2000)	55
Chiapas (2011)	67
Años belgas (1996-2001)	81
Nueva york (2014)	89

Para empezar

Cuando Walter Benjamin se refiere a los narradores, evoca dos figuras arcaicas: el marino mercante y el campesino sedentario. Mientras que el primero responde a la máxima popular "cuando alguien realiza un viaje puede contar algo", el segundo "se ganó su lugar sin abandonar la tierra de origen y conoce sus tradiciones e historias".

Este libro recoge las notas de viajes realizados en distintos momentos en las últimas dos décadas, desde una rápida incursión con amigos a Uyuni, hasta el tránsito familiar hacia el sur de México, que es ícono en mi formación política. En medio, Praga, Cuzco, Nueva York, Japón, Tupiza, Bélgica. Se trata de un repositorio de impresiones, descripciones y sentimientos que provoca recorrer lugares de diferente manera. Me encuentro entre el marino mercante y el campesino sedentario de Benjamin: en algunas ocasiones voy lejos, en otras vuelvo a lo más profundo de mi propia historia. Pero en ambos casos, la curiosidad me conduce, dejo que la sorpresa sea la que dé insumos al relato.

A diferencia de tantos cuadernos de viaje, aquí cada entrada está acompañada de la imagen, o al revés, las fotos acompañadas de textos. Mirar y contar van de la mano. Es un diálogo entre letras y fotografías, una no ilustra la otra: ambas bailan la misma melodía.

Los apartados son desiguales y fueron elaborados con intenciones variadas de acuerdo a la circunstancia puntual a lo largo de veinte años. Por eso la escritura es distinta tanto como el sentido de las imágenes. Mientras que en Años Belgas recojo fotos tomadas en el transcurso de cinco años, en Cuzco no estuve más que unos días; en el viaje a Tokio me dejo llevar por el descubrimiento de un mundo completamente ajeno y en Praga por la carga histórica y los movimientos sociales, mientras que ir a Potosí es un desplazamiento para dentro y hacia atrás.

Poco importa, la homogeneidad no es la característica de este documento, sino más bien la oportunidad de juntar pasiones que me habitan: observar, escribir, contar, fotografiar; envueltas con el velo del asombro.

Tupiza: Un viaje hacia los recuerdos (2014)

Hace más de 15 años, mis familiares volvieron a Tupiza. Yo no pude ir, estaba fuera del país. Lo hicieron mi abuela, mi tía Teresa (que había vivido varios años allá), mi mamá, mi hermana y su marido. A Elena le habían advertido antes: "Si vuelves a ir, será como si hubieras conocido una mujer hermosísima de la que ya no queda más que una anciana decadente. Será una decepción". Y las impresiones fueron chocantes desde un principio. La gente pensó que mi hermana era mi madre, y que ni madre era mi abuela. El tiempo se había detenido, tuvieron que argumentar ampliamente para mostrar cómo los años habían transcurrido. Vieron todo destrozado. Llegaron a la casa elegante de antaño y estaba cerrada con un candado, se entraron por la ventana entreabierta, sacaron unos papeles que todavía estaban en un escritorio y una lámpara descuidada, pero que guardaba su finura y que ahora está en la sala de mi casa en La Paz. Fue un viaje emotivo, desgarrador. Elena lloró con amargura.

Mucho tiempo guardé el deseo de viajar a Tupiza con mi familia hasta que se materializó en diciembre del 2014. Mi abuela ya no podría acompañarnos, murió hace siete años, solo quedarían sus historias. El grupo de partida fue grande: mi mamá, mi hermana y sus hijas, mi tío Fernando y su hija, mi esposa y mis hijos. En total 11 personas de cuatro generaciones. Cada quien viviría su Tupiza. Cuando les pregunté qué esperaban del viaje, respondieron de manera distinta: Canela (mi hija de 11 años) quería ver si los tamales eran tan ricos como en México; Anahí (de 7) quería ir a una piscina; Pati se encontraría con el lugar de su nacimiento; Fernando buscaba recordar los episodios de su infancia y adolescencia; Beatriz volver al lugar donde pasaron sus mejores años de niña y una de las partidas más dolorosas: la muerte de su padre.

La pequeña ciudad que nos recibe está lejos de ser el pueblo de los años cuarenta donde vivieron mis familiares. Ahora es un destino turístico y un lugar por donde pasa la competencia internacional Dakar, que se hace sentir en anuncios, poleras y ambiente. Vamos a la plaza central, Beatriz y Fernando empiezan su relato: en la esquina de allá era el Banco Minero y en la contra esquina el Banco Agrícola, más allá la droguería que le pertenecía a un señor que fabricaba las medicinas y las entregaba en papelitos celestes, rosados o blancos según lo que se requería, todo antes de la era de las farmacias –la primera la instaló Jorge, el hermano de padre de Beatriz–; ahora hay una en cada cuadra. Una de las casas que hoy es un comercio, fue de refugiados judíos que huyeron de la II Guerra Mundial. En aquellos años no había mi-

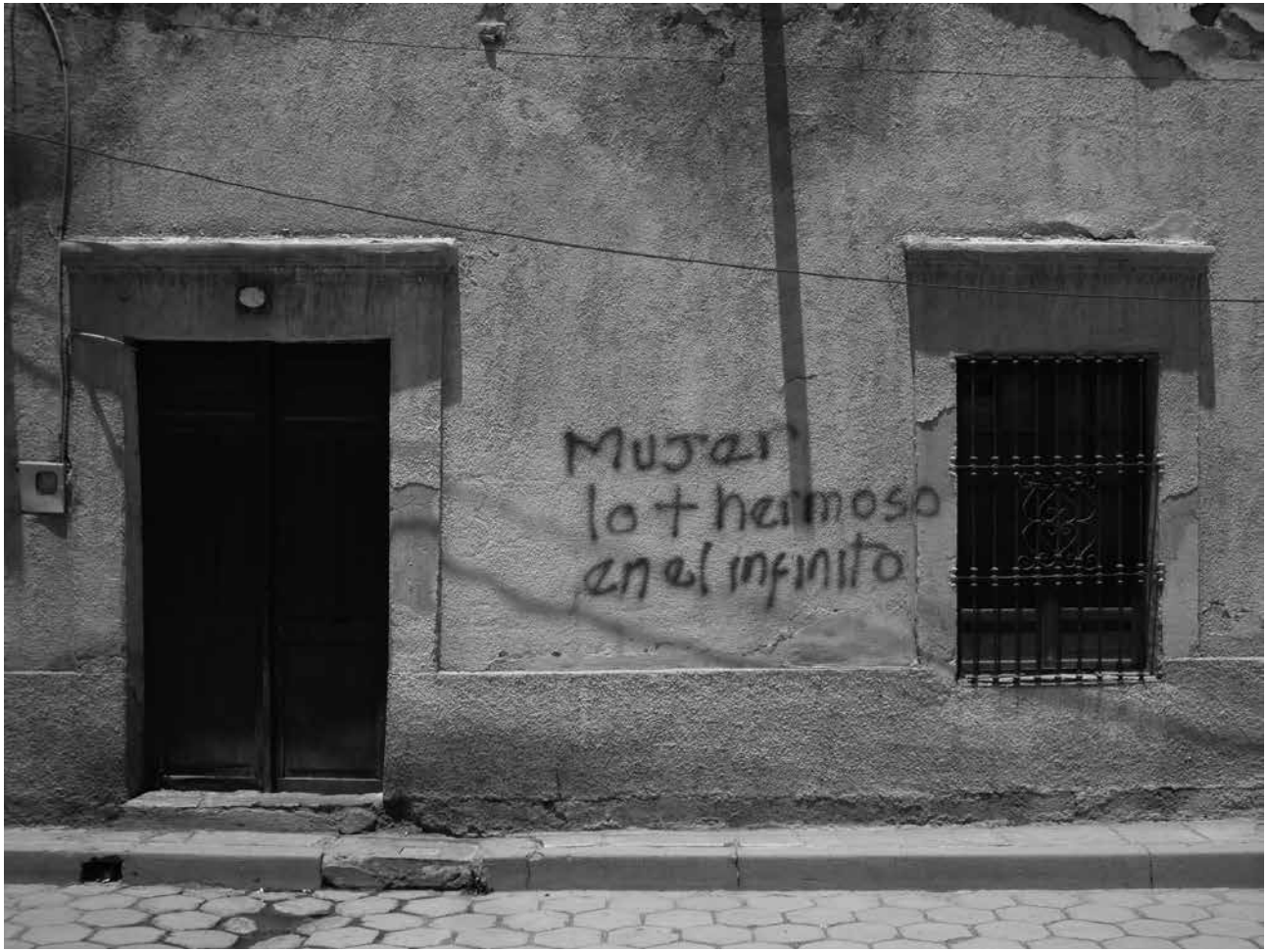
cros, ni taxis, ni todo el transporte que hoy abunda. Existían dos cines, uno comercial y otro administrado por sacerdotes, donde las películas eran sistemáticamente censuradas al estilo de *Cinema Paradiso*. En una de las casas que señala Fernando, vivía la amante de Líber, por quien terminó la relación amorosa con mi abuela. Al frente está la casa de las señoritas Eguía, que eran muy recatadas, hicieron dinero y luego se trasladaron a La Paz.

Hoy la plaza está llena de tiendas, confiterías y bancos. Entramos a una pizzería que ilustra bien el tiempo de cambio teñido por lo folklórico y la estrategia turística. Las mesas tienen vistosos aguayos de colores como mantel. En las paredes hay afiches que promueven Tupiza y sus alrededores como "La joya bella de Bolivia"; uno de ellos pegado en la pared como periódico mural, cuelgan pequeños muñecos hechos con lana, vestidos de indígenas, imágenes rurales sobre la siembra o animales altiplánicos, una chuspa, instrumentos musicales andinos. En la pared del lado, hay una gran foto del Che con boina y uniforme militar que reproduce su frase: "Yo no soy un libertador, los libertadores no existen. Son los pueblos quienes se liberan a sí mismos". En cada uno de los muros, hay hojas blancas improvisadas que tienen un mensaje escrito con plumón en distintos idiomas. La mayoría me son incomprensibles, solo alcanzo a saber que se trata de árabe, hebreo, alemán, griego, inglés, italiano y francés. Hay uno que sí puedo leer sin dificultad: "Estimado cliente, por favor cuide sus pertenencias. Gracias". Luego pasamos por una cafetería; antes de terminar nuestro expreso, dos jóvenes de origen argentino entran con una guitarra y un violín. Tocan canciones suyas y del "Flaco" Spinetta y pasan el sombrero "para seguir el viaje".

El paisaje interno de esos lugares va de la mano con la oferta turística en toda la ciudad. Un local ofrece comida vegetariana, pizzas o pastas con quinua –hoy tan de moda–. Otro es un servicio turístico cuyo anuncio está íntegramente en inglés: "*Wanted for sunday. People to the tours to the salar of Uyuni lagoons and volcanos*". Sobran los cafés internet, los cajeros automáticos con conexión internacional, casas de cambio en dólares y pesos argentinos, y hay wifi en múltiples establecimientos. Pero en el mercado, el tiempo parece tener otro ritmo. Los tamales –bombones en chala", como los llama un lugareño– guardan el mismo sabor de antaño –según me dice mi madre–. Las humintas tienen el mismo toque de siempre –con albaca–. El pan sabe a pueblo. Los almacenes venden coca en grandes tambores, y en la puerta, lejía de distintos colores y formas.

Seguimos por una calle lateral. Me detengo en un grafiti: "Mujer, lo más hermoso en el infinito". Está al lado de la casa que antes perteneciera a don Mario Forti, ahora destruida y con nuevos cimientos, donde se levanta un edificio. Fue la imprenta y librería más grande y completa de toda la región. La familia Forti era de origen argentino, salieron escapando de su tierra y se instalaron en Tupiza. Líber, uno de los hijos, fundó el grupo de teatro Nuevos Horizontes, que se convirtió en una escuela muy comprometida, tanto con el teatro como con las luchas sociales; llevaba el teatro a los centros mineros. Líber, anarquista militante, invitó a Tupiza a maravillosas compañías de

Tupiza
Che


Mujer
lo + hermoso
en el infinito

teatro que se presentaron en el pueblo. Años más tarde, Líber se vinculó a la vida sindical, vivió la persecución y el exilio en los años intensos de las dictaduras. Esa casa, donde mi madre vivió con mi abuela cuando era compañera de Líber, a mediados de la década de 1950, era un centro político por donde pasaban anarquistas y teatreros de todas partes del mundo.

En una de las calles, descubrimos el hospital Dr. Beningo Inchauste, de la Caja Nacional de Seguro Social. Inmediatamente, Beatriz recuerda al mencionado doctor, cuyo nombre ahora lleva un nosocomio público. Él fue quien la atendió de niña, y quien acompañó a su padre hasta su muerte. "Era muy bueno, dice, aunque tenía la particularidad de ser drogadicto y necesitaba constantemente inyectarse drogas".

Una cita es infaltable: el lugar de nacimiento de mi hermana Patricia. Cuenta Beatriz que cuando estaba en Santa Rosa sintió un líquido salir de su vientre, y luego supo que se le había roto la bolsa. Llegó Elena, que estaba en Tupiza, y por un extraño presentimiento volvió rápidamente a la finca. Cuando llegó, partieron ambas hacia el pueblo en un largo y tenso viaje que duró más de dos horas, Beatriz, recostada, intentaba no moverse para evitar complicaciones. Llegaron al sanatorio y horas más tarde nació Patricia en manos de la esposa del doctor, que era obstetriz. Como Beatriz tenía miedo de volver a Santa Rosa, se quedó un mes en Tupiza alquilando un cuarto hasta que su pequeña hija adquiriera peso y fuerza, y ella, soltura en su nuevo rol de madre. Para Pati, volver al lugar de su nacimiento es doblemente especial, porque ahora lo hace con sus dos hijas; ya no solo es hija, sino también madre. Sabe mejor lo que sintió y vivió Beatriz cuando escuchó su primer llanto.

Supiacha: entre el abandono y la gloria

Llegamos a Nazareno en 20 minutos, por la carretera construida en la gestión de Evo Morales, tramo que antes se realizaba en una hora en camino de tierra. En la estación ya no para el tren, así que perdió completamente la vida. Nos detenemos frente a lo que fue el hotel de Don Marcos Lozano -el único en el pueblo-, por supuesto abandonado, aunque todavía tiene algunos vidrios, la puerta y un aire señorial. Cuenta mi madre que ahí se realizaban grandes fiestas a las que acudía toda la élite de la región muy bien arreglada, incluso había un piano de cola. Don Marcos logró un original formato familiar: tenía una esposa y cuatro amantes, todas vivían en la misma casa y la esposa organizaba el quehacer interno del mundo femenino. Los hijos iban y venían con la conciencia de que compartían un mismo padre y diferentes madres. Eso sí, Cleofé, la amante que no vivía ahí y que era dueña de la tienda más surtida del pueblo, era abiertamente condenada y no tenía pisada en el hogar. Don Marcos poseía también otras habilidades, sabía poner inyecciones y hacía el juego de médico. Lo llamaban requiriendo sus servicios y acudía montado en mula, con terno y corbata.

También fue en la estación de Nazareno donde mi abuelo Hugo conoció a mi hermana Patricia. Entonces él era ministro y estaba pasando por la zona

en ferrocarril. Ante la noticia, Elena y Beatriz arreglaron a la bebé con su mejor vestido y la llevaron a la estación. Fue el primer encuentro del abuelo con su primera nieta.

Luego nos desplazamos a Suipacha. Dicen que antes la carretera pasaba por el centro, ahora lo hace a unas cuadras, razón suficiente para que parezca un pueblo fantasma. El lugar principal de la plaza lo ocupa un monumento con dos bustos, tres mástiles y una veintena de placas de distintos orígenes. Todas recuerdan la histórica Batalla de Suipacha cuando las fuerzas independentistas derrotaron a la tropa realista española en 1810. Se ve que para el centenario muchos volcaron los ojos hacia el pueblo, cada quien quiso poner su placa y marcar su paso: la embajada de argentina en Bolivia, el Comité Cívico del Desarrollo y Progreso de Los Chichas, la Décima División del Ejército de Bolivia, el Cabildo jujeño del Bicentenario, la Sociedad Geográfica de Bolivia y el Centro Cultural Carlos Medinaceli de Tarija, los Ejércitos de Bolivia y de Argentina, el Partido Comunista Revolucionario de la Argentina, y más. Pero tanta presencia institucional contrasta con las numerosas casas abandonadas. Me detengo en múltiples puertas de madera viejas y en los muros de adobe cayéndose a pedazos, en las rajaduras notorias o los techos destruidos por el tiempo. Un portal es memorable: el muro que lo rodea ya ni siquiera sostiene el techo, no hay paredes laterales, solo divide simbólicamente el interior del exterior. De la puerta, una mitad solo tiene el marco y la otra mitad todavía sostiene la parte de abajo. Pero el candado y el cerrojo de hierro forjado están intactos, solo un poco oxidados. Es un candado antiguo, hermoso, envejecido pero sobreviviente. Perdió su utilidad, pero no su belleza. Confieso que intento sacarlo para llevármelo como reliquia, acaso como trofeo, pero no tengo la fuerza suficiente, requeriría de instrumentos demasiado sofisticados para poder traerlo conmigo. Renuncio, solo le tomo decenas de fotos, como si con ellas me llevara su alma.

En una esquina encontramos una casa destruida. En la puerta solo hay un nido de avispas. Fernando se para y nos explica que ahí vivía Tomás Cortés, su profesor del colegio. Era un anarquista que escapó de la dictadura de René Barrientos (1964), se refugió en uno de los lugares más recónditos del país. Su labor fue fundamental, en un lugar donde el único niño blanco y de ojos azules era Fernando, enseñó la igualdad y el respeto entre diferentes.

Tocamos la puerta de una antigua conocida de mi madre. Se trata de Alcira, que era una bordadora excepcional. Mi madre y mi abuela le pedían diseños especiales altamente sofisticados para vestidos, tapetes, manteles y cuanto hay. Nos abre la puerta con emoción y amabilidad, sus manos están deformadas por la artrosis, pero eso no impide que nos invite una cerveza y un refresco. Entramos a su living, nos hace pasar por la puerta lateral, pues perdió hace años la llave de la entrada principal y tuvo que clausurarla. Al interior, las paredes están pintadas de celeste y tienen grandes retratos de sus familiares, todos muertos. "Estoy solita", se queja. Las flores de plástico, las mazorcas secas de colores y algún elefante de cerámica barata sirven para adornar. El encuentro es emotivo. Beatriz –que sabe de eso– nos cuenta que la técni-

ca con la que bordaba era muy refinada y no la quiso compartir con nadie, incluso ella le ofreció pagarle clases particulares para aprender, pero no tuvo éxito. Su trabajo se vendía en Tupiza, en La Paz y hasta en Argentina. Alcira se sorprende, nos vemos también con su sobrina, que tiene una tienda a unos metros y que fue a la misma escuela de Fernando, en Suipacha, cuando eran niños. Nos traen buñuelos –"hechos en horno de leña"– con miel de caña. Nos reclaman por qué haber ido recién luego de tantas décadas, y nos invitan a que el próximo carnaval lo pasemos con ellas. Con abrazos prometemos volver pronto.

Santa Rosa. La casa grande y la pequeña

Es ineludible, tenemos que ir a la casa "grande" de Santa Rosa, aquella donde mi madre vivió su infancia y desde la cual su padre José María administraba la finca, y la casa más pequeña que construyeron después, cuando él murió y se repartió la propiedad entre los tres hijos.

Entramos por la puerta trasera. Beatriz va por delante, explicando el uso de cada uno de los espacios. "Este era el comedor -dice- y por esta ventanita nos pasaban la comida desde la cocina". Luego vamos por la sala de estar, el cuarto de sus padres, lo que fue el baño que tenía incluso una tina con agua caliente. Entre los escombros, vamos hacia su habitación al lado del de sus padres. Luego al cuarto de juegos construido exclusivamente para que ella guardara sus muñecas y juguetes. Entramos al solario donde estaban dos cómodos sillones –uno está en mi casa en La Paz–, de ahí se veía la piscina y la laguna donde había patos. Pasamos al escritorio y a los tres dormitorios que albergaban la generosa biblioteca. "Desde esta ventana mi papá me miraba jugar" afirma Beatriz con una nostalgia que la invade, que nos inunda a todos. De la casa solo quedan los adobes, un azulejo adornado en el piso, un diminuto pedazo de vidrio de lo que fue un vitral y un elegante adorno encima de los arcos del solario de la entrada. Tierra, polvo, plantas, insectos. Las ventanas se cayeron, no quedan ni las maderas. Las puertas son huecos que dejan el paso, la gente se sacó hasta la viga superior de madera que se supone sostenía la estructura. Ningún techo quedó en pie. Entro al escritorio de José María, desde donde escribía sus artículos para enviarlos a La Paz cobijado en los miles de libros alrededor; desde donde planeó y administró su finca, donde hizo cuentas y logró pagar todas sus deudas, desde donde miraba crecer a Beatriz, con la certeza de que no la acompañaría por mucho tiempo. Lo imagino con su pelo cano como sale en las fotos, elegante e inteligente. Me dan ganas de hacer coincidir su tiempo y el mío, de sentarnos a charlar de política y literatura, de aprender tantas cosas del abuelo amado y admirado en la distancia, abuelo al que solo conocí por fotos y palabras. Y lo quiero más.

Mientras yo paseo por los recuerdos y las ruinas de lo que fueron los años gloriosos de mi madre, mis hijas juegan afuera dándole de comer a un caballo. Y continuamos la ruta hacia la casa pequeña, donde vivió Beatriz ya de adolescente, que se encuentra a unos quinientos metros. Mi madre decide no ir, luego confesará que no le hizo escapar la distancia,

sino que quería evitar la impresión de volver a un lugar que no era el mismo, suficiente tristeza había tenido en el día. Vamos a pie por una chacra que antes era un camino de autos. Vemos una construcción destruida, Fernando nos explica que fueron los cuartos construidos por Elena como oficina de administración, están completamente abandonados, cayéndose de viejos y por la falta de uso. Llegamos a la casa, está habitada pero en ese momento no hay nadie. Una puerta fue clausurada, una ventana se convirtió en puerta, otra nueva fue abierta. Nos indica cuál era el cuarto de mi madre, cuál el suyo y el de Elena. Todo está diferente. Nos trepamos en una pequeña loma y podemos mirar el patio interior, tenemos fotos de mi abuela en él, con mi hermana y mi madre. Fernando nos indica el lugar donde se tomó una foto a Beatriz, aquella donde está sentada, mirando hacia el futuro, con su casa atrás. Entramos a un pequeño cuartito anexo, solo hay instrumentos de trabajo en el campo, pero Fernando encuentra varios objetos que lo transportan en el tiempo: "En esta lata con vidrio venían unas galletas argentinas, Mamá Elena las guardaba y en ellas ponía luego sus propias galletas; este panero lo hice yo en un taller en la escuela usando una lata de leche; esa era una montera que usábamos a menudo". En medio de su narración, nos atacan unos moscardones que nos obligan a huir del cuarto sin poder llevarnos ni siquiera el panero de lata.

Nos vamos con la misma nostalgia, con ese sentimiento extraño de visitar un cementerio que todavía alberga algunas memorias que se niegan a morir.

La vuelta a La Paz

Antes de tomar el tren, pregunto nuevamente a todos cómo fue su experiencia del viaje a Tupiza. Para las niñas, fue un paseo "de diversión y aprendizaje", Anahí dice que le fue muy bien porque encontramos una piscina. Para los adolescentes "fue una linda experiencia, historias muy emocionantes". Para Patricia muy especial volver a recorrer lugares y conocer tantas personas de nuestro pasado. Pero Beatriz y Fernando no pueden contener las lágrimas en su respuesta. "Yo soñaba con Tupiza -dice Fernando-, y tenía otras imágenes. Ha sido muy deprimente porque haber vivido tantas cosas y ahora solo ver casas destruidas y abandonadas, me provoca una tristeza profunda. No quiero volver nunca más". Beatriz tiene un sentimiento similar: "Yo quería explicar a mis nietas dónde estaba la piscina, los patos, la laguna y todo lo bonito que viví en Santa Rosa, pero después del desastre que he visto... no pude contarles nada. Nunca pensé que se podía destrozar una casa en esa forma. Me deja un sentimiento de desasosiego, y no sé si pena, porque la pena es algo que se pasa. Me deja una tristeza permanente y profunda de ver solamente ruinas. He sentido mucha mucha tristeza que creo que me va a durar siempre. Voy a tratar de borrar estas imágenes de mi mente y quedarme con las anteriores. Me da pena que ustedes no hayan visto cómo era antes...".

Para mí, este fue un recorrido por mi pasado. Fue ponerle materia a las historias que me acompañaron toda la vida. Fue conocer, admirar y querer más a José María, el abuelo que al que no alcancé y al que le debo tanto de tantas maneras. Fue entender a mi

07/11/2010
GUARDA EQ

querida Mamá Elena, en su tierna ingenuidad, en sus batallas, sus miedos, sus decepciones, sus apuestas. Fue verla a Beatriz niña feliz jugando por sus jardines. Fue conocer más a Fernando mi tío-hermano. Fue entender un poco mejor mis orígenes, mirarme en el espejo que refleja el pasado cuando yo no estaba. También fue entender el cambio, la destrucción; entender que, ciertamente, "todo lo sólido se desvanece en el aire", que nada es eterno, que la mutación es parte de la vida.

Con todo ese equipaje lleno, me subo al tren. Mientras parte con ese agradable e *in crechendo* ruido propio de la locomotora y las ruedas tocando los rieles, abro mi ventana y veo las montañas rojas y los sauces llorones de los que tanto me ha hablado Beatriz. Me siento más pleno. Siento haber llenado un vacío. Me rodean todos a quienes amo y sé que me aman. Me siento en paz. El tren se mueve, la vida continúa. Es tiempo de seguir.

Praga tres décadas después de 1968

(1998)

Conocí Praga a través de la mirada de Josef Koudelka. Aquel pequeño libro que titulaba simplemente así: *Prague, 1968*, de las ediciones del Centre National de la Photographie en París, me introdujo a la magnífica ciudad en un momento particularmente intenso relatado por el lente de un gran maestro de la imagen. En él vi los rostros de jóvenes que indignados desafiaban a los tanques; activistas que repartían periódicos militantes; mujeres atemorizadas o llorosas tomando una bandera o lamentándose por la ciudad; la Plaza Wenceslav tomada por vehículos militares inundados de gente alrededor, al fondo constantemente el Museo Nacional mirando la historia pasar; pancartas caseras coladas en cualquier pared; un crucifijo que acompaña a los dolientes; algún afiche que muestra a Lenin llorando por lo sucedido; soldados atolondrados entre la agresión y la confusión; autobuses quemados y tanques victoriosos; un reloj que recuerda el aquí y el ahora; algún cadáver rodeado de sangre.

Cómo no detenerse en la imagen de aquel hombre mayor que en primer plano mira hacia el fotógrafo con ojos nostálgicos y que en sus espaldas tiene un edificio completamente destrozado, con las marcas de los cañonazos, del fuego y los balazos incrustados en el viejo inmueble. Cómo dejar pasar la toma donde un transeúnte adulto, con maletín de trabajo y vestido para ir a una oficina, descarga su rabia lanzando un ladrillo a un tanque estacionado. Cómo no conmoverse con el gesto de aquel joven que elevado por encima de la gente, le grita al soldado cara a cara; casi se escuchan sus argumentos, sus demandas, su indignación.

En 1998, por esos azarosos guiños de la vida, me tocó ir a Praga, 30 años después de lo sucedido. Tomé mi libro de Koudelka y mi cámara fotográfica. Una sola idea recorría mi mente y mi lente: ¿Cómo estará la bella ciudad luego de estas tres décadas? ¿Qué quedará del intenso pasado? ¿Podrá la cultura de consumo aplanar tanta historia?

En las cuatro jornadas que estuve ahí, alojado en un hotel barato incrustado en medio de un edificio de departamentos populares, construcción notablemente heredera del período socialista que ahora servía para recibir turistas, pude ver y sentir muchas cosas. La Guardia del Castillo que apacible desfila mostrando solemnidad y orden; varios graffiti que dicen "bad religion" o "urban guerrilla pub"; algún poste que cuelga con igual soltura una publicidad de "Mc Donald's Restaurace" y una indicación urbana local: "Václavské Námestí, Ciudad Nueva, Praga 1"; un puesto de revistas que exhibe las atractivas cone-

McDonald's
TM
Restaurace
100 m
VÁCLAVSKÉ NÁMĚSTÍ
NOVÉ MĚSTO - PRAHA 1

jitas de Play Boy; algún turista que toma una foto al que toma alcohol; un banco de la Plaza Wenceslav que otrora estuviera repleto de tanques y gente, hoy es compartido por dos señoras de la tercera edad –que sin duda vivieron aquel 1968- y un joven marginal; otro banco de la misma histórica plaza donde una madre comparte con su hijo un refresco comprado en Mc Donald's, al fondo los observa el Museo Nacional; un trabajador que cambia una publicidad callejera; un par de muchachas que promueven el Table Dance Atlas en la zona turística, el primero en Praga; un crucifijo que hipnotiza a los turistas; una tienda de cambio que levanta la bandera del Che –al revés– celosamente custodiada por la mirada de Jim Morison unos centímetros atrás; tres lectores subterráneos viajando en el metro.

Pero de tanto visto, como no fijar la atención en una bella que pasa –como decía Baudelaire– de blanco y botas negras que perturba nuestra mirada y la dirige en una sola dirección. Cómo no oír lo que seis músicos pueden hacer sobre el Puente de Carlos; cierto: hay fotos que no se ven, se escuchan. Cómo no entrar en la escena donde una marioneta deslumbra a una niña que se queda cautivada ante sus peripecias, más allá de los apuros de sus padres.

Mi Praga, no fue la de Koudelka. Pero su magia, en la invasión rusa de los sesenta o en la del mercado de los noventa, está fuera de duda. Como fuera, Praga deslumbra, seduce, encanta.

INRI

Cuzco (2003)

Se llama Rosa, acaso tendrá 10 años. Guarda el uniforme oficial con el que va diariamente a la escuela pública y saca el traje de fiestas y ceremonias comunitarias. Con él parte hacia Cuzco –a 15 kilómetros de casa–, lleva consigo la oveja más pequeña que encuentra y dos niñas igualmente vestidas. Es domingo y la ciudad está llena de turistas. Tal vez consiga unas monedas.

En Cuzco se entretejen culturas y consumos; historias épicas e historias personales; indios y turistas. Rosa pasea por la ciudad y entra en contacto con cuanto foráneo que quiere ver folclor vivo; nadie le pregunta qué hace, qué piensa, qué busca. Solo le piden si puede posar para una foto, tal vez al lado de una ruina.

Cerca, más allá o más acá, otro rostro joven, marcadamente indígena, vende una postal de la clásica toma de Machu Pichu. Seguramente sus abuelos, o los abuelos de sus abuelos, o los abuelos de éstos, fueron los que pensaron, construyeron y vivieron en la mágica montaña, lugar que hoy, el nieto del nieto del nieto la vende al primero que pasa por la vereda.

También está el que explica –el guía turístico– y enseña –más con el cuerpo, el rostro, el acento, el color de la piel que con la palabra– lo que fueron esas ruinas. Cada piedra refuerza su decir. ¿Necesita tamaña cultura incaica de un mediador para comprender que estamos frente a una maravilla de la especie? Las montañas, las nubes, el silencio, el viento, lo que queda de lo que fue, son la muestra más palpable de la grandeza de lo que tenemos en frente. Una mano alza una cámara –casi discretamente- para no olvidar lo que dice el guía.

Y mientras tanto, en Cuzco alguien duerme arrullado por la catedral, que parece cómplice de sus sueños. Desde la otra esquina, un puma –emblema del imperio incaico– yace petrificado en un poste; la catedral gloriosa lo controla.

No falta quien camina y mira de frente a la cámara. Sale borroso, sonriente, en movimiento, casi inconsciente de la funeraria que está en sus espaldas. Una chimenea que caprichosamente se alza hacia el cielo, chueca, haciendo gala del arte de adaptarse a las circunstancias que le tocó vivir, completa el paisaje urbano.

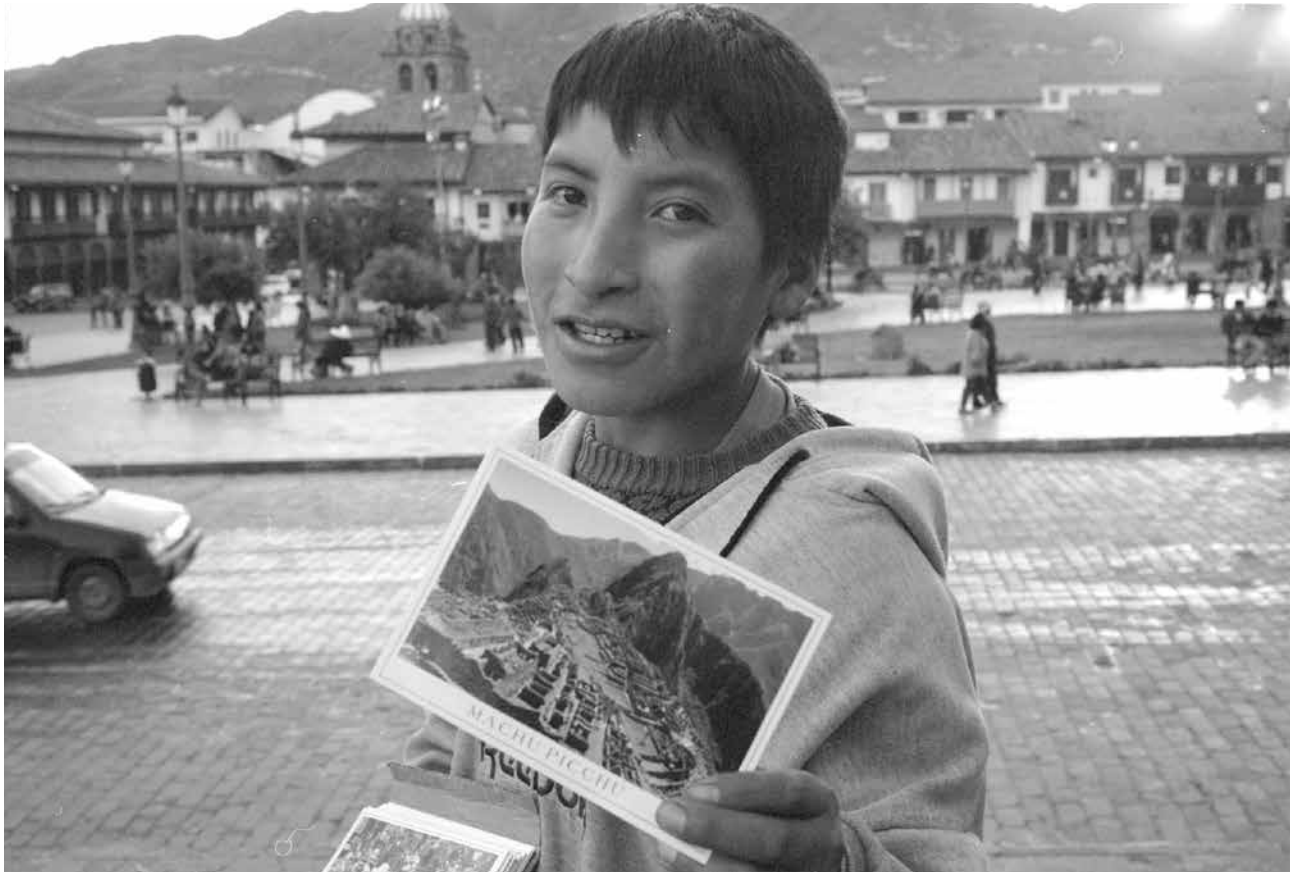
Imposible que entre los personajes locales no apareciera el Señor Obispo. Con cada uno de los símbolos que le dan un lugar en el mundo religioso

y que cubren casi por entero su cuerpo. Un cuerpo eclesial lo acompaña, y una construcción lo protege desde el fondo.

Pero también están los interiores. Algún patio cuadrado, con una fuente al centro y un loro en la cabeza de la figura central, es custodiado por la imagen de la Virgen. Claro, los patios interiores guardan los sueños, miedos, amores de la vida cotidiana, por él transitan todos los misterios que no están destinados a ser contados; acaso recordados.

Y en alguna vitrina, a la venta y a la vista, máscaras de oro. Oro que movió tantos sentimientos, que mató a tantos indios, que provocó tantos excesos. La máscara de oro que reproduce el rostro indígena se exhibe, así, sin vergüenza, sin dar cuenta de su pasado, esperando el adinerado turista que desee llevarse el recuerdo más caro del lugar.

Cuzco mágico y trágico. Cuzco inmoral e inmortal.


MACHU PICCHU

FUNERARIA

Japon. Un encuentro con la otredad

(2000)

Crónica de un largo viaje

Modificar el tiempo y el espacio hasta el punto de perder las nociones básicas que nos dan estabilidad, es una experiencia que no se vive a menudo. Por ello va esta crónica del paulatino proceso de transformar física, psíquica y biológicamente los referentes espacio – temporales.

Salida de La Paz: viernes 14 de enero

No me levanto muy temprano. Lo he hecho los últimos días y estoy cansado. Hoy decido descansar un poco más, pero el trabajo y el stress de este periodo no han terminado.

Rompo la rutina. Me quedaré en pijamas hasta el final, lo último que haga será tomar una ducha. Muchas cosas tengo que hacer: arreglar maleta, las "tres pes de todo largo viaje" (pasaporte, pasaje, plata), grabar mi ponencia en un disk, hablar a Omar.

Llegó el día del viaje al Japón. Pocas veces uno puede ir a esos lugares lejanos. El viaje salió de improviso, azaroso como son estas experiencias vitales.

Me atrasaré en la preparación de las cosas. Tenía pensado salir a las 11:00 para estar en el aeropuerto a las 11:45, hora sugerida por la agencia de viajes. Son las 11:20 y estoy entrando a la ducha.

Son las 12:10 y estoy en la avenida Mariscal Santa Cruz. Veo la hora en el reloj que marca la temperatura en plena calle. Hay embotellamiento, me pongo nervioso, bocineo sin sentido, regaño al taxista delante mío. Mi angustia me sobrepasa e inunda la pequeña peta.

En la autopista acelero a fondo, tan fondo como lo puede hacer un auto de 2900 $us. Llego al aeropuerto y no hay nadie en la fila, llegué temprano. Siempre me pasa lo mismo.

Ya estoy en el avión. Voy por Sao Paulo con escala en Santa Cruz.

En el avión Sao Paulo - Los Ángeles

Es la 1:00 de la mañana del 15 de enero. Para mí son las 23:00 del día anterior. Estoy en el avión. Tuve que esperar como 5 horas en el aeropuerto. Leí 100 páginas del libro que traje para que me acompañara en estas

horas muertas, llamé a una vieja amiga, me compré dos revistas de foto. Vaya manera de matar el tiempo.

La pantalla que tengo en frente anuncia que afuera la temperatura es de 62 grados bajo cero, que hemos volado 10 horas, que estamos sobre México, que la velocidad es de 794 km/h, que estamos a 11900 metros de altura, y que son las 5:33. En mi reloj son las 11:33. Es decir que tengo que atrasar 6 horas mi reloj. Primero adelanté 2, y ahora atraso 6, o sea que atraso 4. Decido mantener la hora de La Paz en el reloj de bolsillo que compré en Praga el año pasado, para poder tener una referencia de La Paz.

En el aeropuerto de Los Ángeles

El lugar es frío, plano, como si lo hubieran hecho a propósito para que no se le ocurra quedarse al que está en tránsito. Contrasta con el video que muestran en el avión sobre Los Ángeles, con playas, mujeres en malla y patines, carteles de Hollywood, restaurantes y edificios modernos. Tales ofertas no las apreciamos desde aquí, una sala larga de 4 metros de ancho, asientos negros en tres filas, dos Duty Frees, baños, computadoras para Internet, teléfonos públicos y una sala exclusiva para los fumadores. El mundo ofrecido por Los Ángeles lo podemos ver en las postales del Duty Free, las estatuillas de la libertad, las poleras impresas y las revistas. Hay un desencuentro entre un mundo imaginado que se muestra desde la pantalla de T.V. y su fotocopia a colores expuesta en la vitrina de la tienda.

La gente no sabe qué hacer. Son 12 horas de viaje (para mí ya van casi 24). Los que están en grupo (unos cuantos) se sientan y charlan, los que viajan solos se dispersan a lo largo de la sala, los menos compran en el caro Duty Free; los más se ponen los perfumes de muestra de la perfumería. Todos esperan.

Detalle que olvidaba pero que da forma al escenario: abundan las plantas en este lugar, verdes, con flores amarillas, brillantes y relucientes. Todas de plástico.

Faltan 12 horas de vuelo hasta Nagoya, y será de día, por lo que el sueño no podrá aliviarme el no saber qué hacer: típico de los viajes largos.

En el avión Los Ángeles-Nagoya

Los "japoneses-brasileros" son diferentes a los "japoneses-americanos". A mi derecha hay una pareja de "japoneses-gringos". Tienen más seguridad en el avión, se visten modernos, con pañuelos en la cabeza, se ponen cremas y sprays, tienen un "tipo" japonés menos latinizado.

Las azafatas ahora son japonesas en su mayoría. ¡Son 12 horas de vuelo! Ahorita almorzaremos, y al llegar a Nagoya volveremos a almorzar. 12 horas, ¿qué haré tanto tiempo? Seguramente leer, aburrirme, dormir. Me pedí *Newsweek*, *Los Angeles Times* y otras cosas.

En Japón son las 2:50, y en mi reloj las 9:50. ¿Adelanto o atraso? En La Paz es la 1:50, todos duermen.

El que espera desespera. Vi tres malas películas de avión, comí, fui al baño, leí *Newsweek*, mi libro de viajes, *Los Angeles Times*, el periódico de los brasileros en Japón, y todavía faltan 4 horas para llegar. ¡Qué viaje más largo! No sé qué hacer, en qué pensar, qué leer, todo me aburre, solo quiero llegar.

En la estación de tren de Nagoya rumbo a Osaka

Dos cosas llaman la atención a primera vista: el orden (todos obedecen las reglas, nadie se pasa de la línea, todos cruzan en verde, se paran en rojo) y la tecnología (para comprar boletos se utiliza un sistema computarizado, no hay gente. Todos tienen celular, muchos teléfonos, muchos relojes). Mucho orden y tecnología.

Acabo de meter la pata, hay una fila para entrar al vagón y yo entro por cualquier lado. Algunos tienen un trapo blanco en la boca, debe ser para la contaminación. Las chicas tienen zapatos altísimos, botines y mini. Los autos van al revés, como en Londres. Muchos jóvenes en la calle. Ningún signo es comprensible para mí, salvo los números.

En el hotel de Osaka

Ya estoy en el hotel. Son las 20.00 y para mí son las 7 de la mañana, sin dormir. Ya perdí la cuenta, no sé si adelanto o atraso el reloj, en todo caso, hay como 12 horas de diferencia, adelante o atrás. Me duele la cabeza. Me duermo. Mañana empieza una nueva jornada laboral.

Imágenes

Japón y el mundo

Los japoneses no necesitan el mundo, tienen al mundo en su país.

Dicen que solo a partir de los años 60 la gente pudo salir al extranjero, antes las condiciones económicas eran muy duras. Hoy, viajar a occidente es más accesible para un público popular. Eso sí, su viaje suele ser siempre guiado por alguien que ya tiene contacto con el otro lado del planeta.

En general, en las calles, nadie habla inglés, ni siquiera en el servicio de los hoteles, lo que complica la comunicación con los turistas, aunque todos sean amables y serviciales tratando de ayudar al extranjero.

Llama la atención que todo un pueblo pueda manejar con tanta destreza los códigos tecnológicos y de modernidad, y no saber lo mínino de inglés. Es interesante esta convivencia extraña entre una forma de lo moderno y la tradición.

Efectivamente, se ve un país auto-referido, país que se mira a sí mismo, no necesita de los demás, tiene todo al alcance de las manos.

A pesar de ello, no dejan de aparecer grandes símbolos de occidente que marcan la presencia de algo que, del otro lado del océano, propone cosas distintas. *Made in Italy*, la mirada del vaquero de *Marlboro*, un afiche de un film de Hollywood, los carteles

de cigarrillos Kent por los cielos. Entre tantas otras cosas, son formas de ver cómo unas migajas de lo occidental se meten en la dinámica comercial japonesa.

Pero quizás la manera más clara de comprender la diferencia entre el occidente y el mundo oriental es encontrarse con un baño público, en él aparece el cartel *Western style*, para identificar el tipo de usuario y de baños (retrete) que se ofrece. ¿No será que el texto podría ser una referencia al *western style of life*?

El mercado

El mercado tiene siempre la capacidad de aglutinar los distintos estilos de vida. No hay sociedad sin mercado. Es un punto de encuentro, de intercambio. La diversificación de las formas de la venta en Japón han hecho que los tipos de mercado que existen sean variados: el mercado popular, el lugar de aparatos electrónicos, el "shopping", los mercados tradicionales, la vida subterránea.

El *mercado popular* es muy similar a lo que podríamos encontrar en Bolivia o en cualquier lugar de América Latina: una infinidad de productos que van desde comida hasta ropa, pasando por artefactos para el hogar, la oficina, animales vivos, fruta, etc. El orden es más bien anárquico, un poco de todo, una tienda al lado de otra sin importar lo que se venda. Me llama la atención la cantidad de mariscos, vivos, muertos, congelados. No es casual que Japón sea una gran isla y que una de sus actividades principales gire alrededor de la vida marítima. El mercado popular, aquella pequeña calle que esconde miles de sorpresas, aquel laberinto que nos conduce por una infinidad de ofertas, con esa sabrosa sensación de no controlar nada, no comprender de qué se trata, solo dejándose llevar por las imágenes que una a una invitan a una secuencia anárquica de lo desconocido.

A unos minutos caminando tenemos el *Den den town*, enorme barrio donde se vende toda la tecnología de punta. Son alrededor de 300 tiendas de aparatos electrónicos: celulares, TV, computadoras, filmadoras, calculadoras, en fin, todo lo que la tecnología puede ofrecer al mundo de hoy. Se mantiene una forma desordenada de la venta, todas las tiendas tienen todo, tiendas grandes y chicas, especializadas y generales. Al ver la tremenda oferta tecnológica y el movimiento comercial de la zona no nos queda la menor duda de que la población ha logrado incorporar a su vida cotidiana los réditos de la tecnología, se supo apropiar de ella y utilizarla con naturalidad. Por eso, no es casual encontrarse a todo japonés con un celular en la mano.

La relación hombre-tecnología parece haber tomado el lugar de la relación hombre-hombre. Ya no se necesita del otro. Para la compra de billetes en el metro, la diversión, el juego, etc., ha dejado de ser necesario tener alguien en frente, solo se requiere de una máquina.

Los *locales tradicionales* también forman parte del panorama del lugar. Son varias las calles pintorescas que ofrecen comida y otra gama de ofertas.

TRUSSARDI
KENT
Salem
MILD SEVEN
青山形成
クリニック
大西保法律

El mercado también tiene una *vida subterránea* intensa. Considerando el frío que hace en invierno, se ha construido una serie de corredores subterráneos con grandes tiendas en las cuales uno puede pasear por horas, encontrando todo lo posible, sin necesidad de salir a la luz del día, luz tímida, en todo caso, acompañada del frío intenso.

Hay muchos *casinos* muy concurridos; se nota que a la gente le gusta pasar horas allí, derrochando tiempo y dinero. Como no podía ser de otra manera, no falta la calle en la que uno se encuentra con el mercado sexual, una variedad de ofertas de las cuales uno se puede guiar únicamente por las imágenes, que ya son suficientemente explícitas.

En algún lugar de la ciudad están los *grandes shoppings* al estilo norteamericano. Pocas cosas cambian en este espacio con respecto a lo que puede suceder en cualquier mall de Estados Unidos. Las ofertas (*sales*), los productos, la forma de la venta, etc., nos traen las imágenes de las metrópolis norteamericanas: hay ropa, juegos electrónicos de dinero, hamburguesas, boutiques, perfumes, gente bien vestida, una madre con su hija luego de salir de compras, todo caro, precios por todo lado en un mar de personas. Algo sí cambia considerablemente: la gente.

¿El mercado o los mercados? Más bien las formas de intercambio y comercio, y las culturas de consumo que se generan alrededor. Vaya variedad de una sociedad compleja como es la del Japón de hoy.

La televisión y la religión

Es pobre la imagen que se puede tener de la televisión desde un hotel. Pero no deja de llamar la atención el que en un gran país donde la tecnología abunda en las calles, en una habitación de hotel solo se cuente con cinco canales. Puedo ver el informativo en inglés de la CNN, un canal francés y uno alemán. En la tele veo un campeonato de Sumo, deporte nacional, que es seguido con gran interés por un público mayor. También se transmite fútbol de mujeres japonesas, imágenes extrañas para mí. Los conductores de televisión se dirigen hacia las pantallas con la misma reverencia que si tuvieran alguien en frente, inclinan el cuerpo ligeramente para despedirse.

Pero la tele está también en la calle, en las salas de espera, en las avenidas, en los comercios. Las imágenes que se transmiten afuera reflejan el Japón del éxito, del comercio, de la tecnología, como si fuera una negación del Japón profundo que convive en las entrañas. La presencia de la tele es una mirada, casi un control, alguien que está siguiendo nuestros pasos desde la calle y desde la casa. Si el poder del templo parecería haberse trasladado al gran edificio, la mirada de Dios pareciera ahora estar en la televisión callejera o el afiche.

Una propaganda en la tele utiliza un templo y unos monjes para promover un producto, se los caricaturiza para promover la venta. Japón debe ser uno de los países en el que las formas religiosas se han mantenido vivas en la sociedad. A pesar de su proceso acelerado de modernización, la religión

ビデオ販売
穴場
ビデ王
BOOK
VIDEO
GOODS
EAST
輸入CDとレコード
LPコーナー
スーパー
ファッションサロン
ピンクプードル
新人ギャル続々入荷！
¥4,800
2,000円 off
居酒屋
まんたらけ大阪
2ショットカード
半額！
ビデオ販売
穴場
ビデ王
梅田店
こちらです
スーパー
ファッションサロン
ピンク
プードル
¥2,000 off

aparece de distintas maneras: como tradición, como religiosidad popular, como experiencias de fe, como uso de mercado.

Las nociones religiosas, ya con un uso secular, están presentes en la vida cotidiana. En cualquier casa se pide sacarse los zapatos antes de entrar.

Pareciera que la religión ha adquirido nuevos rostros y mecanismos para seguir viva en una sociedad que se tecnologiza aceleradamente, experiencia por la cual atraviesan distintas regiones del planeta.

El japonés y su relación con la imagen: ¿fotografiar o fotografiarse?

Deben ser los japoneses quienes más han conseguido apropiarse de la fotografía. La imagen del turista japonés, que realiza un largo viaje desde su comunidad para posar unos segundos frente a la torre Eiffel o la Estatua de la Libertad y luego guardar la imagen como un "trofeo fotográfico" –a decir de Sontag–, está lejos de ser una caricatura. No es casual que las grandes empresas de la foto vengan de ese lado del mundo. Cada imagen es un logro personal, un punto de llegada y el inicio de algo nuevo.

Pero la obsesión japonesa con la imagen parece no solo ser el de aquel turista que viaja a occidente a conquistar nuevos mundos. El mismo gesto sucede al interior del país, en cada viaje, en cada acontecimiento social, en cada momento importante que hay que eternizar: un espectáculo, una fiesta, un paseo.

Siempre me he preguntado qué mira quien toma una foto. Qué pasa por la mente de aquél que sostiene con su mano derecha el pequeño aparato y guarda en su caja de recuerdos un pedazo de realidad.

La imagen parecería ser una ayuda para la memoria. Los largavistas para ver los detalles de Tokio desde las alturas, telescopios para ver las estrellas desde la tierra, videocámaras del tamaño de la palma de una mano para registrar el movimiento y la sucesión de las imágenes.

El fotógrafo aficionado, el profesional, el que pasea con los amigos, el que mira el universo, el niño que vuelca su mirada sobre la ciudad. Todos parecen pedir lo mismo: una imagen, un pedazo de imagen que pueda eternizar lo que segundos más tarde estará muerto.

Encuentro una cámara solitaria esperando a su dueño. Está sentada frente al Castillo de Osaka, cubierta, en posición de descanso. Pero no muerta. Solo le falta el elemento humano, un fotógrafo y alguien que quiera hacerse fotografiar. La cámara y el castillo esperan impacientes la llegada de aquél que con un toque mágico la haga trabajar, la despierte, como a una bella durmiente.

Y llegan uno a uno quienes no quieren que su paso por el Castillo quede solo en la memoria, aquellos que desconfían de poder guardar el recuerdo si no es con un soporte gráfico, un pedazo de papel que sea testigo de que estuvieron allí. Una mujer, unos niños, una pareja. Todos en el mismo afán.

Bicicletas y mascotas: la soledad de la modernidad

Después de Ámsterdam, no pensé volver a encontrar un lugar en el que el uso de la bicicleta sea tan popular.

La bici parece ser más que un medio de transporte. Es más modesto que el metro aéreo, más cercano, pero más cómodo y rápido que caminar. Las calles conviven con grandes avenidas para la circulación de vehículos de exportación y pequeñas señalizaciones para bicicleta. Al ver a la gente en bici uno se pregunta dónde está la tecnología que ha producido ese país atravesado por trenes bala, aviones, metros en toda la isla. La bici parecería recordarnos que, a pesar del desarrollo, detrás de todo sigue el ser humano, que usa únicamente su energía para movilizarse de un lado a otro, para llevar su vida cotidiana a cuestas.

Las mascotas también parecen jugar un rol en la vida japonesa. ¿No serán los perros quienes logran llenar el vacío que se genera entre la gran ciudad moderna y el ciudadano común? ¿No serán los privilegiados del desencanto del hombre moderno que, sumido en un mundo de competencia, no encuentra más refugio que volcar su cariño hacia los animales? Tal vez nunca lo sepamos, mientras tanto ellos estarán ahí, acompañando a su dueño en el paseo, en las compras, en la vida.

La gente

Veo cientos de rostros, imagino miles de historias.

¿Dónde está el Japón profundo?, ¿cómo poder conocer la vida cotidiana de tanta gente, tantas personas con las que me cruzo en las calles, que veo una vez y no volveré a ver jamás en la vida?

El hombre que va a su oficina, el que contempla la laguna, el señor solitario que mira hacia el infinito, la niña que juega con el papalote, el que busca en el basurero, el lustrabotas, la prostituta, el grupo que canta en las calles, el padre que juega con su hijo en plena avenida.

Pocas historias se conocen en unos días de paso en un país extranjero. Solo recuerdo dos. La del político, aquel amigo, casado con boliviana que, luego de su estancia en Nueva York, decidió hacer política en su país. Me lo encontré en plena campaña, colando afiches, repartiendo panfletos, vociferando en el metro. Meses más tarde sería elegido diputado. Y la otra, la especialista de ikebana, que hizo una demostración frente a un grupo de extranjeros en la "ceremonia del té" de cómo se podía hacer una hermosa decoración en algunos minutos. Pero lo impresionante no era eso, sino que ella era la décima generación de una familia que se había especializado en una técnica particular de ikebana. Desde el abuelo del abuelo de su abuelo (y así hacia arriba), habían logrado mantener una tradición y una misión para las futuras generaciones que hoy, en el siglo XXI, la seguían portando como tarea.

Grafismo y paisaje urbano

Un sector de la arquitectura en Japón nos ofrece paisajes similares a los que podríamos encontrar en Nueva

York; el otro más bien muestra formas cercanas a Machu Pichu. Un monumento al sol convive con un metro aéreo; una puerta de madera de un castillo ancestral con grandes grúas de construcción; la muralla de piedra de una antigua fortaleza, con un conglomerado de edificios modernos. Todo esto atravesado por la presencia humana, una pareja, una señora o una paloma.

Tradición y modernidad conviven. A veces, en un tenso jaloneo, otras veces más bien armónica propuesta. En todo caso, son dos caras de la misma medalla de los ciudadanos de este país. Lo vemos en la arquitectura, en las calles, en la religión, en la vida cotidiana, en el comercio.

En ocasiones, la arquitectura japonesa parecería querer demostrar su potencialidad, los edificios nos interpelan mostrando su imponente presencia y nos recuerdan la fortaleza del país que tenemos en frente. Y al mismo tiempo el magnífico templo antiguo o la sencilla casa con formas tradicionales nos recuerdan los siglos de historia que tiene esa cultura. Y en medio está el hombre de hoy, a veces aprisionado por la tradición y a veces empequeñecido por la tremenda construcción.

Los japoneses navegan entre esos dos mares, con corrientes distintas, oleadas en múltiples direcciones. Ahí transcurre la vida cotidiana, de miles, millones de personas aglomeradas en pequeños departamentos urbanos que, como un equilibrista entre tradición y modernidad, van de la ceremonia del té al celular, del tren bala a la religiosidad oriental, de Toshiba a los Samurai, de la minifalda al kimono.

La vuelta

La vida tiene momentos que, para bien o para mal, no se vuelven a repetir; es una espiral constante. Lo que en algún momento estuvo al alcance de las manos, se esfuma con el tiempo. No hay viaje sin retorno, salvo para *Thelma and Louise*. Sabemos que es un paréntesis, que terminará en un corto plazo y que lo vivido en los días de "vacación" se quedarán en el archivo fotográfico, en la caja de nuestros recuerdos que, al lado de otros más, irán construyendo nuestra historia.

Quizás eso es lo que le da más emoción. Un viaje es como una amante, que vemos regularmente pero siempre de forma distinta. Nunca nos cansamos de verla, pues nunca termina de instalarse en nosotros, y siempre podemos perderla. La incertidumbre de que pueda no volver a suceder el encuentro es lo que alimenta esa experiencia extraordinaria.

Hago maletas, recojo cada una de las imágenes tomadas en este viaje, respiro y me dispongo a emprender la larga vuelta.

Dejo al Japón con la pregunta que no puede faltar en ningún viaje pero que ahora cobra mayor sentido: ¿cuándo volveré? Quizás nunca, quizás en un tiempo. Dejo el mundo de las incertitudes, lo desconocido, lo que impacta; vuelvo a mis montañas, al barrio donde crecí, a la gente que conozco hace tantos años. Vuelvo a esperar y planificar el próximo viaje, la próxima aventura que vuelva a darme razones para seguir viviendo.

公園を大切に

Uyuni (2000)

Uno de los desafíos más complejos para el fotógrafo es enfrentarse a paisajes naturales maravillosos. Frente a ellos, parece que no hay nada más qué decir. Todo está en su lugar, cada objeto dialoga con el otro, los colores son precisamente los que deben ser, las formas guardan perfecta armonía. No es casual que Silvio se pregunte cómo cambiarle el color a una ola, o qué objetar a una noche estrellada.

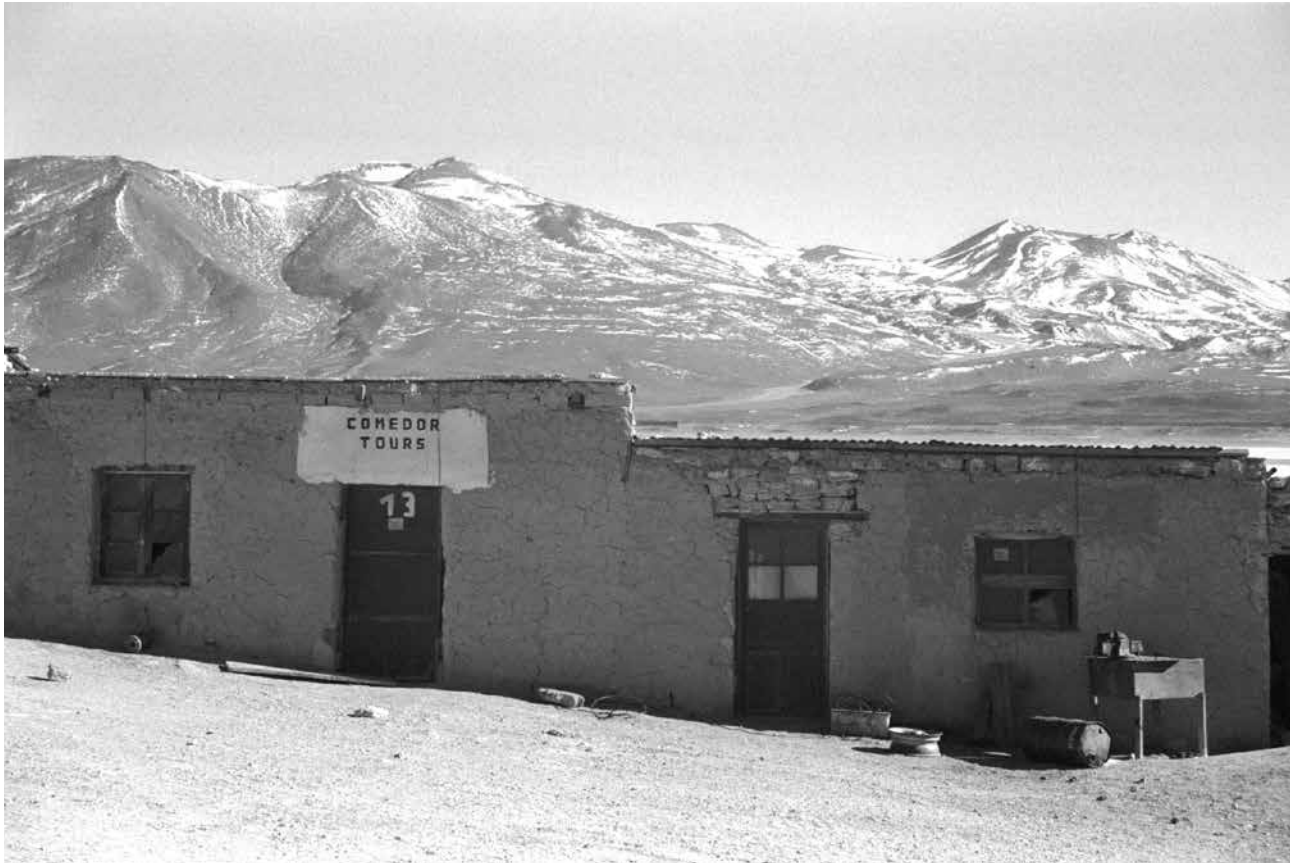
El Salar de Uyuni, ubicado en el departamento de Potosí, es un lugar simplemente impresionante. Son 12.000 km2 de sal a 3650 metros de altura. Aunque el mar esté lejos, el azul del cielo es intenso, sin nubes, y se encuentra en el horizonte con la planicie blanca de sal. Kilómetros más, kilómetros menos, manejando sobre la capa de sal guiados solo por la posición del sol y el saber acumulado del conductor local, llegamos a Laguna Verde, que añade un color más al ya magnífico paisaje. Luego a Laguna Colorada que acoge a elegantes flamencos anaranjados. Entre tanto pasamos por un volcán, un geiser, por las llamadas "Rocas de Salvador Dalí" que recuerdan los colores y las formas del pintor español.

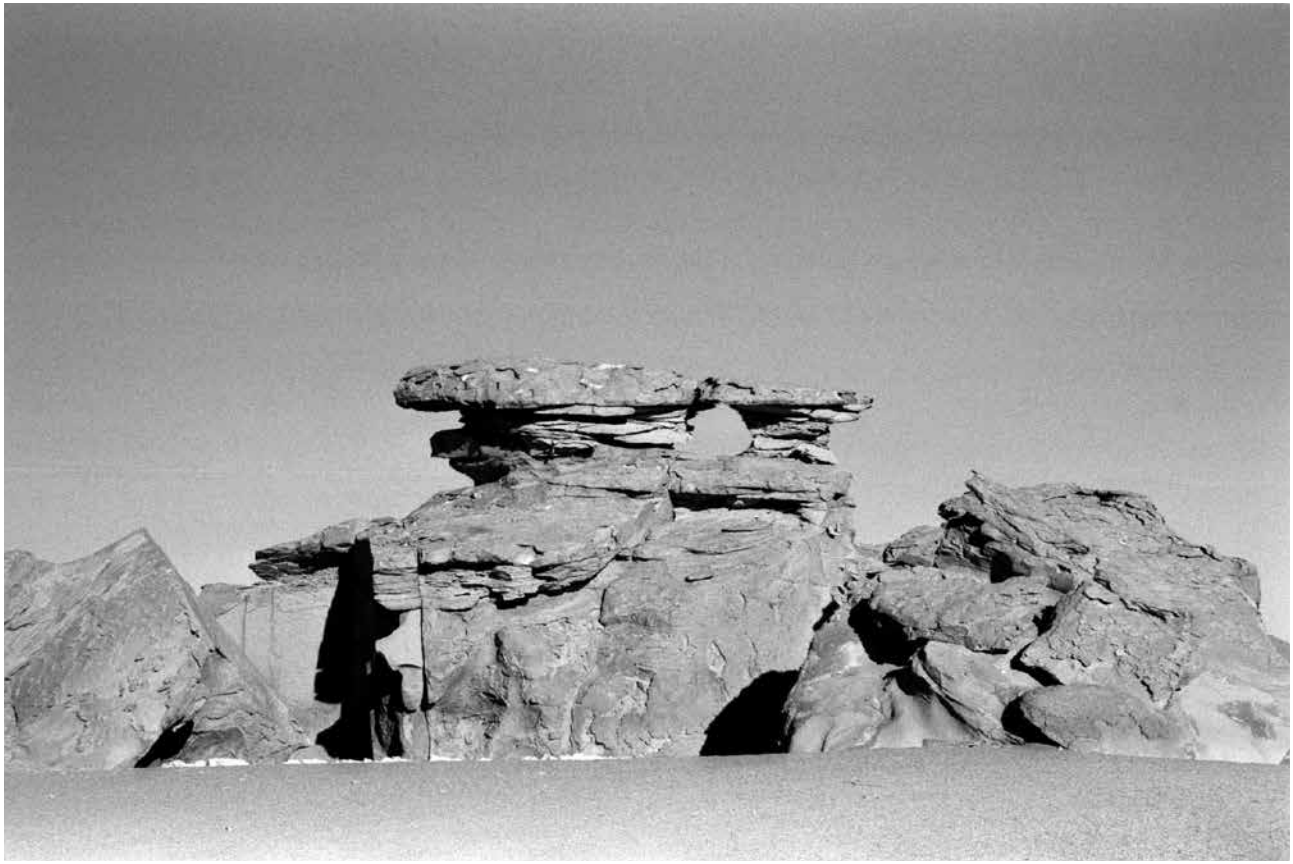
La inmensidad asusta. El tiempo se detiene, y nos muestra lo que hizo, ayudado por el viento, con unas piedras que osaron ponerse al frente.

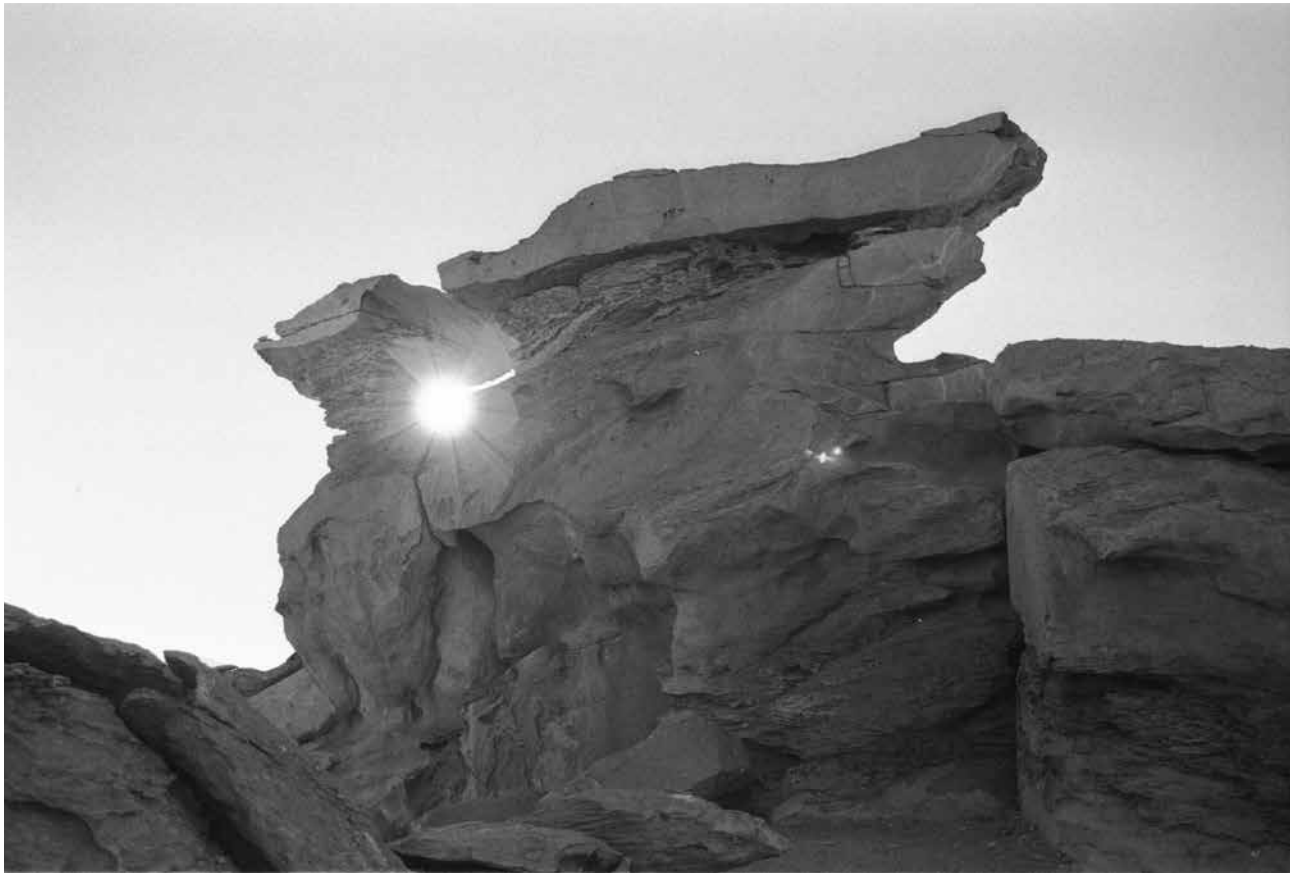
Y entre tanto, el toque humano. Unos soldados custodiando la frontera que posan frente al fotógrafo. Un amigo oculto en el pasamontañas y los guantes. Una mujer en algún pueblo cercano en sus labores cotidianas. Un par de turistas que se desnudan en plena sal y se toman una foto –antes de la moda de Spencer Tunick-. Y para el visitante foráneo, entre la nieve y el cielo, el "comedor tours".

No muy lejos, a unas horas en coche, el cementerio de trenes. Conjunto de hierros y maquinarias oxidadas, que contrastan con el azul melancólico del fondo. Una locomotora vieja que dice: "Así es la vida".

Un viaje al Salar de Uyuni no es para el turismo. Es un paseo por dentro, es volver a ser parte de la naturaleza y vivir una extraña sensación de que la barrera entre lo interior y lo exterior se desvanece. Uyuni aguarda, contempla, y ve pasar a quienes tienen a bien visitarlo.


COMEDOR
TOURS
13





"ASI ES LA VIDA"
necesita
un mecánico
con experiencia
¡URGENTE!

Chiapas (2011)

I.

Luego de muchos años de espera, llega el anhelado viaje a Chiapas. Quería conocer ese estado del sur de México desde que era estudiante, cuando de él solo se mencionaba o su exuberancia natural, o su población indígena, por supuesto antes del levantamiento del Ejército Zapatista de Liberación Nacional, en enero de 1994. El viaje se concreta por la invitación de amigos entrañables que nos ofrecen su casa para alojarnos y las posibilidades de conocer el lugar por dentro, mucho más allá de lo que sería una visita turística. Solo así la posibilidad es realista, ya no hay que pensar dónde quedarse ni cómo ubicarse; solo resolver el transporte, de por sí una tarea compleja: son como 12 horas en auto desde el Distrito Federal.

Cuando caigo en cuenta de lo que representa el viaje en tiempo y esfuerzo, recuerdo una de mis primeras aventuras, cuando nos lanzamos con mi familia de La Paz a Cusco. La travesía fue más atrevida: 14 horas en carretera difícil, un pequeño jeep, práctico pero muy incómodo, un niño de seis años, un bebé de un mes, mi esposa y yo. Salimos sin reservar hotel, sin pedir visa, sin conocer la ruta. Con seis años de distancia, hoy no me arriesgo, ni teniendo un auto cómodo, buenas carreteras, tres hijos más grandes y alojamiento asegurado. Los años, diría mi abuelita, no pasan en vano. No sé si te hacen más cobarde, más cauto o sensato, el caso es que haremos una escala en una población a medio camino y viajaremos con los amigos que nos invitaron.

II.

La vacación llega en un momento especial, pasaremos el fin de año en San Cristóbal de las Casas, a 17 años del levantamiento zapatista. Los recuerdos se me alborotan. El 92 dejé un México emborrachado con la ilusión neoliberal promovida por Carlos Salinas de Gortari. El barco parecía que iba a un puerto seguro, o al menos eso fue lo que nos hicieron creer, y quizás esa fue su única victoria. Recuerdo un diálogo con un colega –por cierto, otro sociólogo un poco mayor que yo– que se hacía la burla de Fidel Castro y de la Revolución Cubana, y repetía que en México era imposible pensar en movimientos armados, eso estaba para setenteros románticos que no tenía cabida en el país moderno, que se alistaba más bien a insertarse en la modernidad del centro del mundo –particularmente con la consolidación del Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos y Canadá en 1994– que a acercarse a guerrillas centroamericanas (todavía estaba muy activo el Frente Farabundo Mar-

tí para la Liberación Nacional en El Salvador). "Sergio Méndez Arceo –decía– todavía defiende a Cuba en pleno fin del siglo XX". Salí del país hacia Brasil, buscando perspectivas de acción política y religiosa en la cuna de la teología de la liberación; de alguna manera había perdido la esperanza de que en México todavía algo se moviera. Sentía el viento en contra.

Quizás por eso la irrupción del EZLN me impactó tanto. Una amiga me contó que en esos días estaba vacacionando en San Cristóbal de las Casas, y vio cómo entraron los guerrilleros al Palacio Municipal, escuchó la lectura de la Declaración de la Selva Lacandona, vio los aviones militares que empezaron a sobrevolar la población en la tarde, las paredes grafiteadas y los documentos oficiales tirados por el segundo piso del edificio centro del poder. Se dejó impactar por los rostros zapatistas: "eran unos chavitos".

En aquella semana, por los azares del destino, viajé al Distrito Federal. Llegué unos días después de los acontecimientos, recuerdo haber comprado el semanario *Proceso* donde se cubría lo sucedido. El levantamiento fue el sábado 1 de enero del 94, *Proceso* cerró edición el jueves 30 de diciembre –imagino–, así que el siguiente número que traía toda información y análisis empezó a circular el domingo 9, cuando yo ya estaba en México. La inolvidable portada traía el rostro –por supuesto cubierto– del Subcomandante Marcos, el título era "Terminó el mito de la paz social. Estallido en Chiapas", acompañado de una frase de Marcos: "Podrán cuestionar el camino, pero nunca las causas". Con lo fetichista que soy, compré el ejemplar y lo guardé por años; tuve la intención de plastificarlo y hacer un afiche, pero la preciada revista se me perdió en uno de mis traslados antes de poder inmortalizar los soportes materiales de mis ilusiones políticas.

Desde La Paz, entonces en los momentos más lúcidos –y perversos– del *gonismo* (se estaban cocinando las leyes de participación popular, descentralización, reforma educativa, etc.), viví, escribí y soñé Chiapas. Recuerdo al menos tres artículos: "Un fantasma recorre el mundo", "México seis meses después de Chiapas", "*Chiapare*" (en alusión a Chiapas y al Chapare) donde imprimía mis deseos de tender puentes entre la magnífica experiencia zapatista y Bolivia. Claro, la historia no va al mismo ritmo de los anhelos de intelectuales; había que esperar unas décadas para que cambie el horizonte.

III.

En mi primer paseo por San Cristóbal se me mezclan las emociones y muchas cosas llaman mi atención. Camino por las calles peatonales y lo primero con lo que me encuentro es con una abrumadora diversidad de ofertas comerciales. En lo culinario: pizzas, tapas, *Burger King*, carnes argentinas –un Restaurante llamado *Mafalda*, igual que en Coyoacán–, comida hindú, restaurante libanés, tacos, falafel, helados "Los Ches, estilo argentino" –por supuesto con la figura del Che–, *Kitch y bagels*, panaderías francesas, comida mexicana –un "café bar Revolución" o un "Maya café restaurante" –. En las bebidas: vinos españoles, cerveza belga y argentina (*Quilmes*), pisco

BURGER
KING

peruano, por supuesto tequilas y cervezas mexicanas. En las joyas: ámbar por arriba y por abajo, desde tiendas muy elegantes y comerciales, hasta alguna que se llama "taller y joyería El caracol, ámbar y más" –imagino pensando en los caracoles zapatistas–. Varias casas de cambio de dólares, euros y quetzal; una escuela de idiomas: inglés, francés, italiano, alemán, tzotzil, tzeltal, español; decenas de cafés internet y hoteles de todas las calidades, precios y gustos. Por supuesto, lo indígena impregnándolo todo, desde algunas tiendas abiertamente zapatistas –entiendo que son lugares de comercio de productos de sus comunidades–, hasta mujeres y niños vendiendo en la calle mantas, collares, pulseras, aretes. Desde un mestizo disfrazado de indígena con las plumas más extravagantes y coloridas en la puerta de un teatro posando para turistas –con una cajita en sus pies que dice "foto propina / photo tip" –, hasta un auténtico mercado artesanal con maravillosos tejidos, morrales de cuero, joyas y cuanta exquisitez propia de indígenas de la zona.

En suma, a veces me pierdo. Parece una mezcla de los bares madrileños o de los restaurantes de La Condesa en la Ciudad de México, con la calle Sagárnaga de La Paz; un espacio intermedio entre las callecitas alrededor de la Grand Place de Bruselas con las tiendas de artesanía en Copacabana o el ambiente de Coroico (Bolivia) en fin de año.

IV.

Pero salgo de la realidad de la calle comercial, atravieso la iluminada y elegante plaza central, me detengo en el Palacio Municipal y dejo que mi imaginación juguetee con los recuerdos. Pienso en las palabras dichas en ese balcón, aquellas que resonaron en todo el país y en el mundo, y que marcaron otro ritmo a la historia de México y, en buena medida, a la de los movimientos sociales globales. Veo al Subcomandante Marcos con los ojos puestos en el horizonte, siento la dignidad indígena que se atreve a decir basta, con una inteligencia, sencillez y contundencia que hacía décadas no se escuchaba. Recorro por las imágenes fotográficas que tengo guardadas en mi memoria, aquellas donde los zapatistas con rifles de palo apuntaban al Ejército, esas donde las mujeres solo con un paliacate en el rostro desafiaban al militar fuertemente armado.

Al frente, veo la catedral. Recuerdo que ahí se realizaron las primeras negociaciones entre EZLN y gobierno. En aquel encuentro, cuando la moneda estaba todavía en el aire y cualquier cosa podía pasar, los zapatistas entraron a la iglesia que estaba acordonada por miembros de la sociedad civil, cuidando que el gobierno no aproveche el momento para eliminar al movimiento. Ese encuentro era casi una metáfora, no se trataba de una demanda de un sector frente a las autoridades, todos nos sentíamos involucrados: en ese cordón humano que protegía a los insurrectos estaban también nuestras manos, en la distancia, cuidando la vida, el derecho a la vida, a la justicia y a la rebeldía. Un tiempo después ese sentimiento de colectividad solidaria y complicidad se hizo palabras: "todos somos Marcos".

El levantamiento zapatista devolvía la esperanza. Y no era desempolvar ideologías caducas, sino

NEMI ZAPATA
57
NO A LA GUERRA
KANSER

mirar el pasado, el presente y el futuro con la misma frescura, con una dignidad inquebrantable. En aquellos años me pasaron cientos de ideas por la cabeza, quise colaborar con el EZLN, la pregunta era cómo. Se me ocurrió ir a vivir a Chiapas, impulsar un movimiento en Bolivia, escribir sobre el tema, y un largo etcétera. Luego supe que mi sentimiento era similar al de muchos que desde lejos aplaudieron al zapatismo, alguno hizo una página web para difundir sus ideas, otro publicó un libro, uno más se fue unos meses a colaborar operativamente a las comunidades. Cada quien encontró su forma de ser zapatista, y como el movimiento permitía una flexibilidad mayor –recuerdo un comunicado que decía "en el zapatismo caben todos, todos los que quieran cruzar de un lado a otro. Cada quien tiene su uno y otro lado", desechando así toda ortodoxia o línea de acción–, todos encontramos un lugar.

Yo seguí mi camino, siempre solidario y atento a lo que ocurría ahí. En Lieja me tocó vivir la indignación de la matanza de 45 indígenas en Acteal (en diciembre del 97). Vi a Samuel Ruiz cuando dio una conferencia en la Universidad Católica de Lovaina, estreché sus manos con mucho afecto. Estuve en la concentración que convocó *La Otra Campaña* en León –Guanajuato– (el 2006), cuando Marcos en plena plaza de la cuna de la derecha mexicana dijo lo que todos saben pero nadie dice en esa ciudad.

De ahí hasta hoy, no he dejado de tener un ojo puesto en los zapatistas, con sus luces y sombras. Su frescura me sigue alimentando cotidianamente.

V.

La noche de año nuevo tenemos la suerte de ser invitados a participar en una ceremonia de una familia de indígenas tzoziles. La ocasión es muy especial, no es fácil recorrer esos interiores que, por supuesto, no son visibles desde el centro de San Cristóbal. Nos recogen como a las 6 de la tarde. Subimos en auto una montaña por un camino muy accidentado por más de 45 minutos, recuerdo las rutas de Yungas en Bolivia. Al llegar a su casa, dejamos los autos en un terreno baldío. Cuando salimos, la oscuridad de la noche nos inunda, las estrellas brillan como lo hacen solo lejos de los centros urbanos. Caminamos con linternas de los celulares hacia la casa de la familia. Entramos a un pequeño cuarto multifuncional: es dormitorio, cocina, comedor, altar, depósito, sala. La abuela está sentada alimentando el fuego con leña, calentando el ponche que prepararon para nuestra visita. Vestida con ropa indígena, la mujer de avanzada edad nos recibe con mucha calidez, cruzamos abrazos y palabras incomprensibles para ambos, ni ella ni nosotros conocemos la lengua del otro. Pero eso poco importa, nos permitió entrar a su refugio y nosotros aceptamos la invitación, eso es suficiente para saber que la confianza mutua sella nuestro encuentro. Lo que en otras culturas hubiera requerido escritos, pruebas de amistad o borracheras –como en Bolivia que los lazos se consolidan por la mediación del alcohol–, aquí fluye en sobreentendidos que reposan en otras formas de intercambio. La habitación tiene dos costales de mazorcas guardadas para el consumo familiar, y una hilera de maíces colgados de distintos colores. Me explican que estos servirán para la siembra del año siguiente.

En un rincón hay un altar con veladoras e imágenes de distintos santos (por supuesto está la Virgen de Guadalupe, pero no ocupa el lugar central), todo encima de una caja que es "el secreto de la familia", que no se nos revela el contenido. Alrededor cuelgan ramos de bromelia. El suelo tiene hoja de pino, luego entiendo que es para podernos arrodillar en el momento de la oración. Cuando la ceremonia empieza, Andrés (que es el nieto, licenciado en antropología, trabaja en una ONG, tiene auto y vive en San Cristóbal; además es el responsable de la invitación) lleva un atuendo tradicional blanco y da las indicaciones precisas. Todos nos arrodillamos alrededor del altar, prendemos velas y rezamos. Las primeras oraciones las hace la abuela en tzotzil, luego de sus palabras que solo entendemos por la melodía mística, cada uno expresa lo que quiera, la única instrucción es: "digan lo que les ordene su corazón". Al final viene la música, un acordeón fino –y costoso-, una guitarra indígena (instrumento que nunca antes había visto) y un arpa suenan a la vez. Como siempre, el sonido sella la ceremonia y consolida el ambiente espiritual. Los abrazos se reparten entre todos los participantes. La comida, infaltable en estos encuentros, es la última gentileza para compartir. Volvemos a la noche, oscura y con estrellas, para retomar camino a San Cristóbal.

VI.

Dos de enero del 2011.

Hoy aceptamos la invitación de ir a la ceremonia de Don Lauro, el místico tibetano-tzotzil. Para llegar a la pequeña loma donde se realiza el encuentro, debemos trepar una deteriorada calle que me hace recuerdo a mis andanzas por los cerros paceños, cuando con mi Suzuki-Samurai subía hasta la cima de cualquier montaña. En la puerta, varios autos están estacionados, pero queda un pequeño espacio para el mío. Un poste anaranjado sostiene lo que parecería ser la indicación del número de la casa: "279 Don Lauro". Dos banderas flamean: la mexicana y una blanca con la inscripción "pax" en letras moradas.

El sonido de los tambores nos indica que el evento acaba de empezar. Subimos, y antes de entrar al kiosco, nos pasan humo por todo el cuerpo. Empieza nuestra participación. Bailamos al ritmo de los tambores, y cuando Don Lauro entra, despierta con su relato la imaginación: invita a convertirnos en jaguares, a movernos como serpientes, a ver más allá de los ojos, a volar sintiéndose más livianos. Entremedio, chistes para provocar risas liberadoras. Cada episodio termina con un grito –guiado por el ritmo– y un paso al frente.

El altar central circular invita a la meditación, velas, flores, imágenes, frutas, semillas, instrumentos están regados en el suelo. El pilar central, sobre un fondo azul, contiene una serpiente naranja y una cruz verde. La imagen de un hombre oriental en "posición de flor de loto" está pintada en el techo.

Luego de la exaltación colectiva, nutrida de gritos, rezos, bailes y brincos, comprendo la frase con la que me encuentro en una pequeña manta: "Y aquellos que fueron vistos bailando, fueron llamados

Y AQUELLOS QUE FUERON
VISTOS BAILANDO; FUERON
LLAMADOS LOCOS... POR AQUELLOS
QUE NO ESCUCHABAN LA MUSICA.

locos... por aquellos que no escuchaban la música". A la salida se ofrecen algunos productos, desde té de limón, hasta discos compactos para meditación, miel, libros o atuendos indígenas.

Lo que me llama la atención de la experiencia es la combinación de elementos típicos de la meditación oriental, con los ritmos y bailes propios de los danzantes concheros de la mexicanidad. Y entre tanto, toques indígenas locales que evocan al mundo maya. El público parece ser mayoritariamente de clase media o alta urbana y extranjeros.

A una media hora de distancia, encuentro otra forma de religiosidad: la iglesia de San Juan Chamula. Antes de entrar al templo, tenemos que pagar la entrada en una ventanilla del palacio municipal. El estricto control en la puerta de entrada al templo se hace sentir, un indígena cuenta con detenimiento que solo ingresemos las nueve personas anotadas en el boleto. Parecen guardianes de la tradición que no permiten la contaminación del espacio sagrado. Con celeridad se nos advierte: "prohibido tomar fotos". Pasando el portón de madera, este se cierra tras de nosotros, sellando nuestro ingreso a una dimensión distinta.

El escenario es muy especial. En una arquitectura típica de iglesia de pueblo, la luz tenue se filtra por pequeñas y elevadas ventanas laterales y se entremezcla con la iluminación emanada de las velas de cada santo. No hay sillas, solo imágenes en las paredes laterales sobre mesas que sostienen las veladoras. Las imágenes están vestidas con atuendos indígenas, y tienen colgado un espejo en el pecho. El piso es una alfombra de hoja de pino que permite arrodillarse sin mucha molestia. En la soledad colectiva, cada uno se dirige a su santo, le prende una vela, se hinca, le reza. Uno lo hace en voz alta, otro en silencio; uno en tzotzil, otro en castellano. Algunos indígenas tienen hileras de velas como un juego de dominó, las pegan en el piso con técnica y maestría sofisticada, solo al final las encienden y el fuego se extiende como si fuera una mecha con pólvora. Alguien abre las manos frente a la imagen, algún mestizo se hace una limpia acompañado por un indígena. La espiritualidad penetra por el cuerpo, la fe se respira, la tradición se siente. La suave cadencia de las velas por doquier jugueteando con el viento imprime una mística que en pocas ocasiones se la puede sentir con esa fuerza.

Cuando salgo del templo, la luz del sol me encandila. Vuelvo a la dimensión terrenal, a la crudeza de las imágenes locales. Los niños se me lanzan pidiéndome un peso contrastando con la potencia cultural y orgullo étnico que acabo de observar, los vendedores quieren que les compre desde aretes hasta rosarios. En la plaza central frente a la iglesia, el mercado empieza a retirarse por la hora, son las tres de la tarde. Me extraña que solo hay dos grandes monumentos: uno de un indígena anónimo con una leyenda que evoca el orgullo por la raza indígena, y otro que deduzco que es Benito Juárez, pero me queda la duda, pues no tiene ninguna placa que indique el nombre. Entre las tiendas, además de una tortillería, un restaurante y un comercio de abarrotes, la farmacia Similares del Dr. Simi tiene un lugar importante, con el lema de siempre: "lo mismo, pero más barato".

No quiero que termine el día sin visitar un Caracol del EZLN que se encuentra a media hora. Tomo la carretera, y luego de atravesar un cuartel militar, veo un anuncio: "está usted en territorio zapatista. Aquí manda el pueblo y el gobierno obedece. Junta de buen gobierno. Corazón céntrico de los zapatistas delante del mundo. Zona Altos". Ya estamos, pero el lugar donde podemos encontrar las cooperativas para conocer y comprar algunas cosas se encuentra más adelante. A la llegada, un letrero recuerda: "por acuerdo de las autoridades locales y municipales autónomas, se prohíbe transitar vehículos ilegales, la siembra de drogas y asaltos". Pero para nuestra sorpresa, la reja de acceso está cerrada, una manta confirma que no pensamos en el descanso revolucionario de inicio de año antes de decidir nuestra visita: "No hay servicio. Cerrado hasta el 3 de enero 2011, porque nos fuimos a vacaciones".

En la noche, de vuelta a San Cristóbal, los niños piden comer pizza. Fieles a nuestra convicción de izquierda, vamos al Centro Cultural Tierra Adentro Café, ubicado en la zona más comercial de la pequeña ciudad. Ignoro si el restaurante es propiamente zapatista, pero en su interior varias tiendas ofrecen productos e íconos del movimiento. Por supuesto este restaurante sí trabaja en domingo 3 de enero, de hecho, está lleno.

VII.

Es muy arriesgado escribir las experiencias de viajes de este tipo, se corre el riesgo de dejarse llevar por superficialidades turísticas de una vergonzosa sencillez. Pero no es menos cierto que, a la vez, la observación de lo nuevo, el dejarse llevar por las primeras impresiones, también activa formas de ver que a menudo se deben precisamente a las condiciones de la mirada.

No deja de sorprenderme cómo algunos referentes tan propios del modelo cultural legítimo en occidente –como el consumo de productos naturales, lo gourmet, la salud alternativa, etc.–, tienen una presencia abrumadora en San Cristóbal. Pero a la vez es notable cómo lo que vivimos en la ceremonia de los indígenas la noche de fin de año –y su amplificación en el templo de San Juan Chamula (claramente hay un vínculo entre el micro espacio religioso del hogar y el lugar sagrado que le pertenece a toda la región)–, es un esfuerzo por resguardar la tradición.

Todo indica que Chiapas atraviesa por una transformación cultural en distintos niveles que, en cierto sentido, no escapa a la realidad de otros lugares del planeta. Tal vez la distancia entre San Cristóbal de las Casas y un barrio en Nueva York no sea ya tan grande, o al menos algunos procesos tengan similitudes. Imagino que hace un tiempo las diferencias eran mayores, ahora los puentes parecen más evidentes. Y no solo por la diversidad, por ejemplo, en la oferta culinaria (desde un *Burger King* hasta comida libanesa en dos cuadras). Las tensiones que genera el juego de las identidades, las hibridaciones y las mutaciones de los referentes, la defensa de las tradiciones, la estrategia de la adaptación, el uso de tecnologías, etc. es un desafío al cual se tienen que enfrentar –y dar

una respuesta– tanto indígenas chiapanecos cuanto congoleños en Bélgica. Incluso me atrevería a decir que lugares como San Cristóbal están más sometidos a la necesidad de resolver estas tensiones que grupos sociales cuya frontera de clase están mejor resguardadas, pienso en las altas élites que no permiten intercambios –por arriesgados o poco adecuados– con ofertas externas.

En todo esto ¿qué rol jugó el levantamiento zapatista? ¿Cómo hubiera sido San Cristóbal sin el EZLN? Difícil saberlo. Como fuera, se acabó la vacación. Me devuelvo –como dicen en Costa Rica– con el alma más llena, con mi admiración por el EZLN más consolidada y como siempre con cientos de preguntas nuevas.

Años belgas (1996-2001)

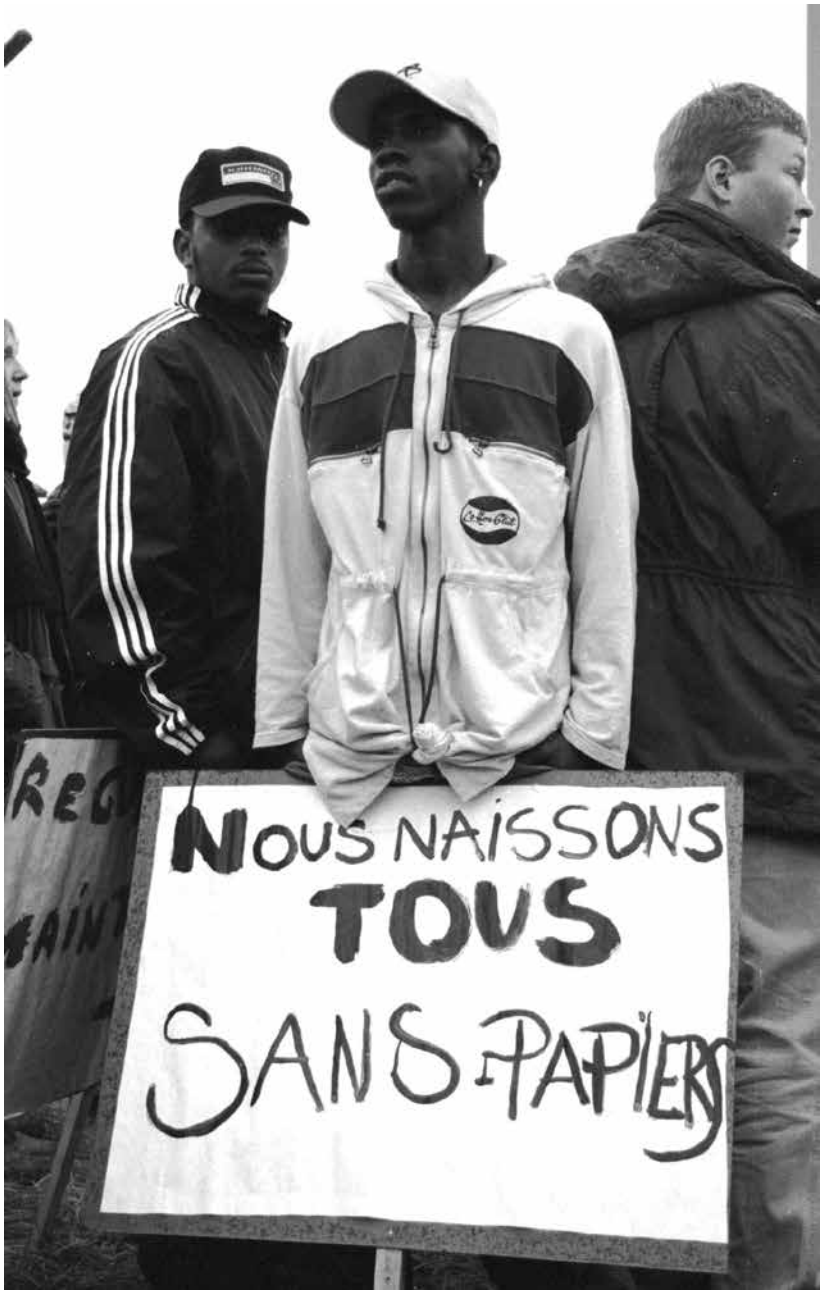
No es fácil escoger imágenes de un lugar donde se ha radicado varios años. Es mucho lo mirado, lo vivido. ¿Cuál la selección más justa, la más precisa? ¿Qué negativos –de los cientos tomados– dibujan mejor el lugar, el momento? Limitada y arbitraria, toda selección es un recorte de una realidad infinitamente mayor.

Abriendo la caja de los recuerdos, me detengo en aquella foto donde un activista reparte panfletos en una marcha callejera. Se trata de una manifestación de protesta por la muerte de una migrante ilegal africana en manos de la policía. Los afiches dicen: "todos nacemos sin papeles"; "no somos peligrosos, estamos en peligro". El hombre que regala un pequeño periódico recuerda la imagen del anarquista militante: boina, bigote, pañuelo y lentes. Es un perfecto personaje que podría ilustrar la canción "Los anarquistas" de Leo Ferré. Cierto, la solidaridad belga fluye.

Pero la gente también toma las calles por otras razones. Ahora les toca a sus propios problemas. Son los meses en los que es descubierta una red de pedofilia que fue responsable de la muerte de dos niñas luego de una espeluznante agonía. La indignación inunda las avenidas de Bruselas en la denominada Marcha Blanca. Flamencos y walones se unen, como nunca, con un solo sentimiento de impotencia. Entre el millón de personas en las avenidas, me quedo con tres mujeres que desconfiadas del vecino y protegiendo su cartera, vencieron sus miedos y salieron a protestar, acaso por primera vez.

También en Bruselas, un tiempo más tarde, les toca el turno a los latinoamericanos. El exdictador chileno Augusto Pinochet es atrapado en Inglaterra y se especula sobre la posibilidad de que se le siga un juicio internacional. Las esperanzas de los cientos de migrantes del continente que vivieron las atrocidades de la dictadura –las dictaduras– se pronuncian por toda Europa para evitar que el dictador vuelva a Chile, sabiendo que la justicia en ese país estaba controlada por las viejas estructuras del poder. La pancarta que se levanta enuncia en una noche fría dice: "Pinochet: asesino. Gobierno chileno: cómplice".

Y entre tanto, fuera de los grandes momentos épicos cuando la gente se pronuncia colectivamente en calles y plazas, está la vida cotidiana, aquella que transcurre pasiva e intensa. Veo un niño en el mercado que lee "los pitufos" entre cajas de banana. Una bella fotógrafa que se trepa en una parada de autobús para captar la mejor toma. Un grupo de viajeros urbanos con cierto aire nostálgico que espe-

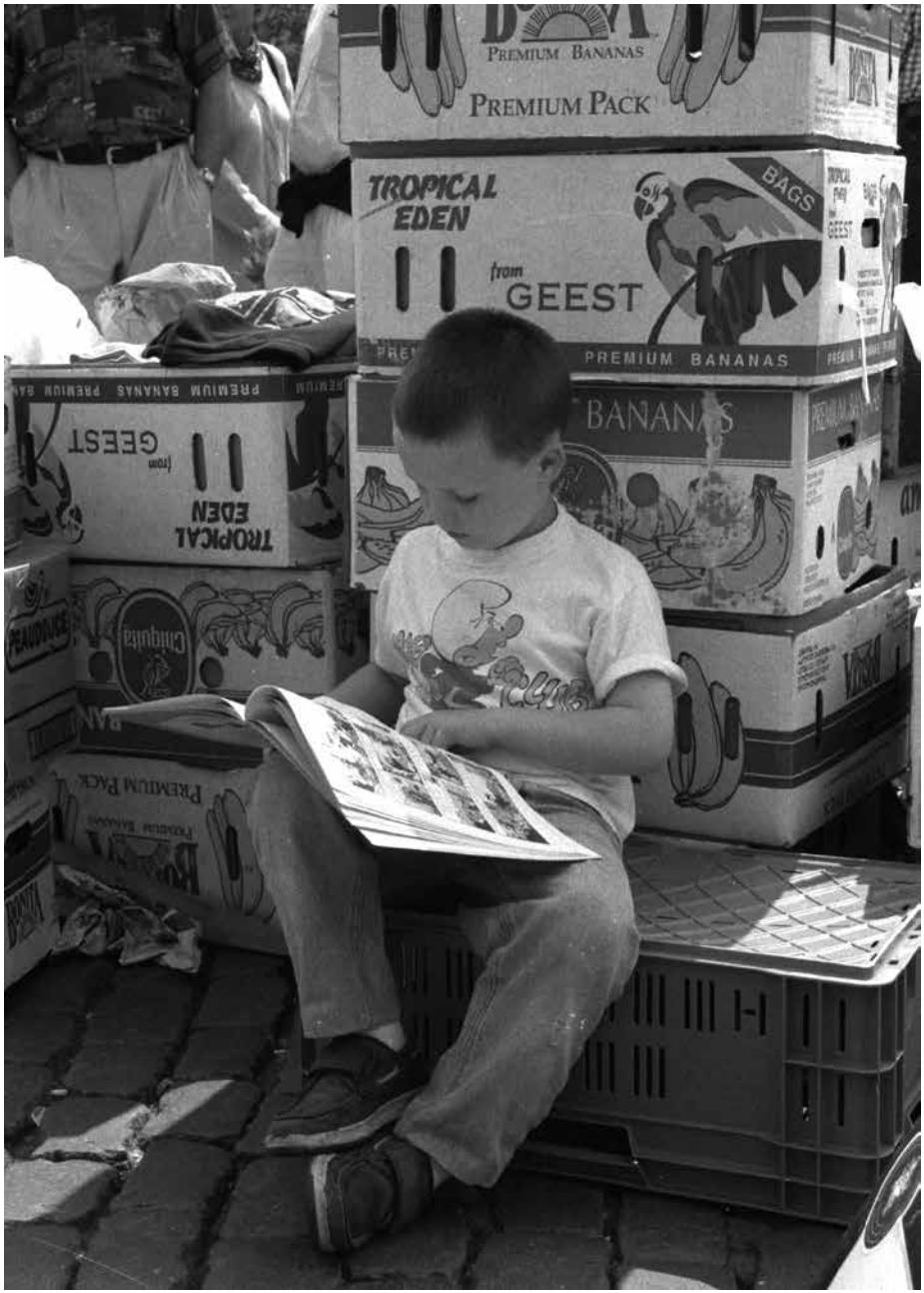

NOUS NAISSONS
TOUS
SANS PAPIERS

ran la llegada del trolebús. Un matrimonio que posa en plena Grand Place inmortalizando, al menos en la imagen, su unión.

También detengo mi mirada en objetos. Un extraño jeep militar viejo, seguramente utilizado por última vez en la Segunda Guerra Mundial. Una estación de servicio antigua perdida en algún pequeño pueblo. Una bolsa de panes enormes con un letrero: "productos turcos, griegos, italianos, marroquíes". La señalización de carretera en medio del bosque. Unas maniquís atrapadas tras las rejas de una vitrina que nos recuerda por qué Juan Manuel Serrat cuenta la historia de un buen hombre que se enamoró hasta la locura de una de ellas.

De tantas imágenes, quizás las que más me convocan son un grafiti en Lovaina la Nueva que se pronuncia: "Subcomandante, LLN va contigo. ¡Viva el EZLN!", y aquella en la que una pareja de adultos mayores pasea su pequeño perro; dan la espalda al fotógrafo, caminan de la mano, hacia el infinito que se hace más borroso diluyéndose en el fondo del camino.

Volver a recorrer las imágenes de Bélgica me recuerda a Rufino Tamayo: "hay que mirar, explorar, descubrir... y volver a mirar"


PREMIUM BANANAS
PREMIUM PACK
TROPICAL EDEN
from GEEST
BAGS
PREMIUM BANANAS
BANANAS

SUPER 98 OCT
DIESEL

Nueva york (2014)

125 Street

Aquí empieza todo. Es verano, hace un calor más allá del que mi cuerpo está acostumbrado a soportar. No tengo ropa adecuada, me sofoco. El cielo es azul, brillante. Me derrito.

Voy a vivir un tiempo en Nueva York. No más de unos meses. Un ciclo.

Caigo por azar, por esos guiños del destino, a vivir a unas calles más emblemáticas de la ciudad: 125 Street. Es el corazón de la cultura afroamericana. Las pocas cuadras que la componen están impregnadas de lo que los afrodescendientes le han dado a este país. Hay varias iglesias pentecostales que los domingos se llenan de melodías de Góspel que se escucha hasta afuera. Está el Teatro Apollo –"donde nacen las estrellas y se hacen las leyendas"–, por ahí pasaron desde Ella Fitzgerald hasta Louis Armstrong. Cruzo la Avenida Malcolm X, la Martin Luther King, la Adam Clayton Powell. Veo decenas de afroamericanos, puestos improvisados de música de Bob Marley, incienso, tiendas para hacer rastas, pequeñas trenzas para mujeres.

La estación de metro 125 Street de la línea roja, ubicada a dos cuadras de mi casa, es fascinante. Es de las pocas estaciones en Manhattan donde el metro sale del subsuelo y atraviesa por un fabuloso puente construido con piedra y fierro. Cuando pasa el tren se hace sentir a varias cuadras a la redonda. Todo retumba. El ruido del acero es penetrante. Desde aquí hablo.

125 Street

Manhattan deformado

Al sur de la ciudad, abordó un ferry que me permite ver mejor la urbe, más lejos y más cerca. La veo así, borrosa, cambiante y permanente a la vez. Cada quien tiene su ciudad, no hay una sola. Esta es la mía, esta es mi experiencia de Nueva York. Los edificios deformados o re-formados; las cosas son como las queremos ver, como las recordamos, como las contamos. La realidad no está ahí dada, el relato la inventa. Se ha dicho tantas veces y sigue siendo cierto. Esto es lo que vi, como un sueño donde algunos episodios son claros y otros borrosos, donde todo se junta arbitrariamente, donde no hay una lógica, un orden, y sin embargo nos dice tanto. Nueva York, mi ciudad temporalmente adoptiva es así. Intensa y fugaz, trascendente e instantánea, piedra y espuma.

Los instrumentos

Solo tengo tres recursos para recorrerte, Nueva York.

Mi cámara, extensión de mi vista, grabadora de mis emociones. Me arrodillo ante la imagen, busco las tomas, me agacho, me pongo de pie, me detengo, me apuro, persigo las formas. No salgo sin ella, la tomo entre mis manos como cuando disfruto del cuerpo de una mujer. Me muevo con las manos llenas, me conmuevo con lo que veo. Aprieto el gatillo y disparo hacia adentro. Capturo. Robo instantes. Me los guardo, me los llevo. Los colecciono, los recreo, los reconstruyo. Ahora todo lo que pasó por mis ojos lo puedo guardar en una pequeña cajita de recuerdos, como un joyero, como esos pequeños muebles de madera con muchos compartimentos donde las mujeres suelen custodiar sus adornos, y a menudo sus misterios. Como un secreter desde donde despego hacia mundos nuevos, abriendo y cerrando cajones que guardan episodios. Ahí están mis fotos.

Camino. Mis pies me llevan lejos, tanto como mi imaginación. Unos zapatos flotando con imágenes al fondo, saltando, caminando, de cuclillas, descansando. Me acompañan –o acaso me conducen– por sendas y senderos, por atajos o por avenidas. Subo, bajo, ando. Busco, encuentro, pierdo, me pierdo, descubro, me sorprendo. Me apropio de cada ruta recorrida.

Y escribo. Adoro la imagen de aquellos escribanos medievales que por el amor a la palabra deformaban su espalda y apagaban su mirada. Vivían para escribir y morían pluma en mano, sobre un escritorio, como en *El nombre de la rosa*. Y sin embargo, ahí está ella, sentada a los pies del magnífico cuadro, escribiendo en tecnología tan solo unos siglos más tarde. Ahora lo hace en un celular, con el dedo, en la nube. Así salgo a recorrer la ciudad, con mi teclado y mi "tablet", a buscar sensaciones y cafés donde sentarme para escribirlas.

Latinos

Hay muchas formas de ser latino en Nueva York. Me impacta esa foto de un joven con la bandera mexicana como capa en la espalda, hincado, sosteniendo a una voluptuosa morena en bikini, con sombrero de vaquero, enseñando las generosas caderas y los pechos, y con una mano en alto en forma de pistola. No sé cuál se ve más patético, aunque nadie voltee a verlos. Aquí cada objeto, cada pose, cada gesto es un símbolo; es Times Square, el corazón la "superabundancia de símbolos" como diría Marshall Berman.

Por ahí mismo, pero unos metros bajo tierra, otro latino, guitarra en mano inunda con sus melodías rancheras un vagón de metro. También tiene un sombrero y abraza una guitarra vieja. Lo acompaña otro músico con un acordeón colgado en el pecho y el sombrero extendido pidiendo una colaboración. En la primera escena, el del símbolo patrio en la espalda le da dinero a la guapa estadounidense a costa de tener su cuerpo cerca por unos segundos y tomarse una foto a su lado; en la segunda, los papeles se han invertido.

Por último, el afiche del estreno de la película César Chávez, dirigida por el cineasta y actor mexicano Diego Luna, que recuerda la vida del legendario luchador social de origen latino en los años 60 y 70 en California. Veo el anuncio en la estación del metro de la Universidad de Nueva York, no muy lejos de la New School of Social Research, donde José Clemente Orozco pintara unos fabulosos murales. No me cabe duda, hay múltiples maneras de ser latino en Nueva York.

abc WHAT WOU
AT 9/8c
SONY
NBC

MICHAEL PEÑA
AMERICA FERRERA
ROSARIO DAWSON
JOHN MALKOVICH
CESAR CHAVEZ
HISTORY IS MADE ONE STEP AT A TIME
3.28.14
PG-13
/CesarChavezMovie
LIONSGATE
IMAGE NATION
323-017
PANTELION
NEW YORK UNIVERSITY

Intimidades

Esta es la tienda de ropa interior femenina más prestigiosa y popular de la ciudad. Desde lejos vienen mujeres a encontrar los modelos que se acoplen a sus cuerpos desnudos y sus necesidades lúdicas del mundo privado. Son los secretos de Victoria, no hay rostros, no hay cuerpos, solo letras y una discreta sombra de alguien que por ahí pasó. Y a unas cuadras, la vitrina del mundo de la fantasía –sexual, por supuesto– donde se exponen maniquíes con todo tipo de prendas que convoquen al deseo. No hay espacio para la imaginación, no se oculta nada, no hay secretos, todo se ve. Y en medio, en la vida cotidiana, una mujer cumpliendo con su trabajo, acaso lejana tanto de una tienda como de la otra. Es del sur, carga un fino carrito transportando un bebé que sin duda no es suyo.

FANTASY WORLD

VICTORIA'S SECRET

Alicia en el espejo

A menudo me pregunto cuánto tiempo pasamos frente al espejo. Qué nos dice ese vidrio de reflejos, qué secretos guarda para haber encantado a poblaciones enteras que lo dieron todo por mirarse y reconocerse en un pequeño objeto que cabe entre las manos. Y ahí está, digamos Alicia, en el metro, tomando con una mano una cajita mágica y con la otra retocándose el rostro. Pero tal vez esta imagen es una reminiscencia de otro tiempo, de un tiempo que ya pasó. Hoy, para mirarnos el pequeño espejo se ha transformado en un dispositivo electrónico que, con el mismo tamaño pero mucha más tecnología, nos conecta, nos transporta, nos somete, nos libera, nos atrapa. Ahí miramos todos, y a todos, pero en realidad, solo nos vemos a nosotros mismos.

EITHER.
-T-O-R-A-G-E®
Restrictions apply to each offer

we cannot accept any responsibility for any removable radios.
we cannot accept responsibility for any personal articles left in your car.
we are not responsible for any damage on painted rubber or plastic bumpers
no mechanical work allowed on these premises.
no monthly replacement vehicles permitted unless driven by monthly applicant
TENTION
IAN RESIDENTS
ge your car on a
is or longer, you may
or an exemption from
king tax surcharge.
or a certificate of
contact:
partment of Finance
x Exemption Section
59 Maiden Lane
19th Floor
NY 10038 (212) 232-1585
or's liability for
le by fire, theft
$25,000 unless
en vehicle first
sued for same.

Telón de fondo

Susan Sontag hablaba de la necesidad que tenemos de tomarnos fotos en lugares por los que pasamos para guardarlas luego como trofeos. Es como decir "yo estuve aquí, que no les quede la menor duda". Me impactan dos extremos. Una preciosa niña afroamericana posa delante del impactante cuadro de Jackson Pollock en el MOMA. Su padre la retrata. Claro, importa más su pequeña que el impresionismo abstracto de Pollock, que funge de telón. En otra, una pareja elije un grafiti callejero donde un hombre enseña glorioso con una mano la cabeza decapitada de su enemigo y con la otra la espada que acaba de usar. Es un escenario tétrico, violento, guerrero. Ella sonríe a la cámara como si estuviera en un estimulante paisaje.

Krew

Bansky

Un día cualquiera, aparece en una calle cualquiera, la sombra de un niño a punto de golpear una cañería de bomberos. Es el paso travieso de Bansky, el ícono de la fina transgresión urbana. No necesita palabras.

THROUGHOUT
BUILDING
SIAMESE
CONNECTION
FOR FIRE DEPT.

Fantasmas subterráneos

En el metro todos aparecemos borrosos, movidos, fantasmales, personas y trenes. Nos perdemos, nos fundimos y confundimos. Lo único inmanente son los letreros, las señalizaciones, los murales, son los encargados del color y de la vida.

Times Sq-42 St
42

5 Street
125 ST.
1
DOWN-
TOWN
Planned Service Changes
1
WEEKEND
11:30 PM Fri to 5 AM Mon
May 30 - Jun 2
No trains
between 96 St
and 242 St
trains, free shuttle buses,
and the M3 bus provide
alternate service
Travel alternatives:

Street

Toy Story

No es casual que sea en Estados Unidos donde se hizo una película sobre los muñecos dándoles vida y autonomía. El afán de humanizar el mundo animal no tiene límites, y los objetos también entran en la misma lógica. Así, la foto de un simpático perrito de peluche aparece en un cartel pegado en un poste anunciando su pérdida. Pero entre tantas imágenes, me quedo con esos tres osos en una vitrina –nada baratos, por cierto– que parecería que hablan. Uno está triste, el otro pensativo, el último listo para salir y abandonar al grupo.

PLEASE CALL 917 494 6227
IF FOUND
LOST TOY
PASSENGER CARS ONLY

smart buys
(Y)GIANT BEAR WITH RIBBON
39.99
smart buys
(X)GIANT BEAR WITH RIBBON
39.99

Las cosas en su lugar

Me paseo por la tienda del IKEA y me encuentro con una pared extraña. Tiene colado un hermoso paisaje en tamaño natural, es un bosque tupido de finos árboles delgados y altos, inconfundiblemente europeo, parece invierno. Lo que aturde la mirada es una manguera de bomberos pegada en la pared, lista para ser usada en caso de incendio (no del bosque, claro). Lejos de ese lugar, ahora camino por una calle generosa en cantidad de grafiti. Delante de uno de ellos, está un cómodo asiento trasero de coche. Al lado, una pequeña garrafa, un bote de pintura y rastros de envases de comida rápida. No hay diálogo entre los objetos, y sin embargo forman parte del paisaje típicamente urbano de esta ciudad. Finalmente, encuentro el reposo: nada más sencillo, un resbalín con hojas otoñales en el piso, parece un poema.

KIRKLAND

Llamada de larga distancia

¿Con quién hablas? Tú, la que estás sola, la que vistes como latina, sin duda de origen popular. Tú que seguramente trabajas en algún hogar ajeno, que no tienes tus papeles en regla, que cruzaste la frontera salvando todas las dificultades inimaginables. ¿Con quién hablas? Tú que soñaste el sueño americano, que lo dejaste todo para instalarte en la ciudad manzana, y que ahora, en una tarde de primavera, sales a contemplar el río calmado de la urbe que poco a poco se va haciendo tuya. ¿Con quién hablas?

Los espacios

Exterior/interior. Con un afiche/con un árbol. De madera/de plástico. Extraños juegos de esos lugares mandados a hacer para convivir, enamorar, jugar, comer, llorar, reír y recordar.

Luchas congeladas

Alguna vez fui a una exposición en uno de los grandes museos neoyorquinos dedicada a los movimientos sociales norteamericanos de las últimas décadas. Estaban todos. Y también vi sus rastros en las calles. Una pequeña plaza del Greenwich Village recuerda la lucha del movimiento gay. Son cuatro personas, dos parejas de varones y de mujeres. Hace frío, hay nieve. Me pregunto si un monumento es paradójicamente el símbolo de la muerte de un movimiento. Es una victoria y un ocaso a la vez.

También pasó por el Teatro Apollo, justo el día en que Nelson Mandela murió en diciembre del 2013. Ahí lo recuerdan vívidamente. Se dice que cuando visitó Nueva York, las calles se paralizaron y desde las oficinas de los grandes edificios lo saludaban y tiraban papel picado a su paso. La muerte de Mandela resonó en la distante ciudad.

APOLLO
APOLLO
IN MEMORY OF
NELSON MANDELA
1918-2013
HE CHANGED OUR WORLD

Vidas y viviendas

El mural se impone entre los edificios y el observador. Son rostros diferentes, expresiones tan variadas, colores fuertes. Como decir a gritos que entre tantas y tan grandes construcciones, están las personas en su cotidianidad.

WAKING

Central Park

Dos redondeles. Uno de cemento y fierro, el otro de hielo. Uno vacío, el otro lleno. Uno permanecerá, el otro tendrá vida corta hasta que el calor lo derrita. Tal vez esa sea la razón por la que tantos confluyen a su alrededor.

Nostalgia

La imagen no es original, tampoco el sentimiento. La lluvia es para mirarse por dentro, para retraerse, para repensar cada uno de los pasos tomados. La ciudad afuera, con las gotas de lluvia en la ventana, y uno navegando por los laberintos interiores.

Puntos de vista

Fue un pedazo de mármol que a fuerza de cincel y martillo, el artista lo convirtió en una obra maestra para ser mostrada como un patrimonio de la humanidad en el Museo Metropolitano de Arte. Y las luces que lo enfocan desde distintos lugares reflejando sombras y vistas inagotables. Así es Nueva York, cada proyección de luz da un resultado diferente. "El punto de vista crea el objeto" diría Saussure para la ciencia social, vale también para la vida, y claro, para la ciudad.

125 Street

Otra vez, el mismo lugar, en otro tiempo. Llegó el invierno, el frío, la nieve. Se cierra un ciclo. Es otra de partir.

125 Street

La vida es un viaje

Se dice que hay distintas maneras de viajar: desplazarse a través de un territorio, de los grupos sociales y culturales, de las emociones o de la imaginación. Pero existe otra dimensión, el tiempo. Este libro recoge veinte años de sentimientos, experiencias y sensaciones hechos imágenes y textos.

Esta foto, tomada en 1996 en Bélgica, es el punto de partida. No sabía lo que se avecinaba. Ignoraba que mi vuelta a La Paz iba a ser transitoria, que luego me iba a residir en México, en Nueva York, otra vez en México y vaya a saber dónde más. No tenía idea de las alegrías, o de los triunfos y derrotas por las que iba a atravesar. De los miedos, las tensiones, las angustias y las esperanzas.

La vida es una apuesta, es zarpar en dirección desconocida, es navegar sin brújula. Al final del día, la vida misma es un viaje.

Esta edición se terminó de imprimir en
enero de 2018, en los talleres de
Grupo Impresor s. r. l.
Av. Abdón Saavedra No. 2120,
Sopocachi, La Paz, Bolivia